
BOLSILIBROS
Selección
TERROR
LA PIEL DE MI CADÁVER
CURTIS GARLAND

¡Dios mío, no!

Eso no… No es posible. No puede ocurrir…

Ese cuerpo, ese cadáver, ese hombre muerto y ensangrentado que YO estoy contemplando desde aquí… no puede ser MI PROPIO CADÁVER.

¡No puedo ser yo mismo!

Y, sin embargo…

Sí. Sin embargo, esas ropas, ese cabello, esa cicatriz, esa pulsera, ese rostro, esas manos… Son de Douglas Dern.

Y Douglas Dern… soy yo.

Yo, que estoy contemplando ahora…

LA PIEL DE MI CADÁVER.



Curtis Garland

La piel de mi cadáver

Bolsilibros: Selección Terror - 48

ePub r1.0

Titivillus 18.02.15

Título original: *La piel de mi cadáver*
Curtis Garland, 1974
Diseño de cubierta: Alberto Pujolar

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2




SELECCION
TERROR

PRÓLOGO

¿Dónde me encuentro?

¿Qué lugar es éste? ¿Qué me ha sucedido realmente?

¿Qué recuerdos trato de evocar ahora, que no vienen a mí mente en absoluto? ¿Por qué me parece sentir miedo hacia algo que no entiendo ni recuerdo qué puede ser? ¿Por qué un escalofrío hiere, puntiagudo y helado, mi cerebro en este mismo instante en que despierto, en que surjo de lo oscuridad en que he estado sumergido últimamente?

Insisto en mi pregunta: ¿qué sitio es éste dónde me hallo ahora? ¿Qué hago aquí?

Y, sobre todo… ¿qué me ha ocurrido antes de ahora?

No sé.

Son demasiadas preguntas. Demasiadas incógnitas las que asaltan mi mente, apenas he despertado de lo que quizá fuese un sueño, quizá un sopor, acaso una inconsciencia inexplicable y que, sin embargo, se me antoja siniestra.

Sólo sé que yo estoy aquí. Donde sea. Vivo, naturalmente. Creo que estoy vivo, cuando menos. Dicen que los muertos no sienten ni piensan. No sé. Nunca estuve muerto antes, ni creo que lo esté ahora. Es una idea ridícula. Ni siquiera sé por qué se me ha tenido que ocurrir.

Yo… yo estoy en este lugar. Y algo me ha sucedido. Algo que no recuerdo. Algo que, sin embargo, me asusta.

Me aterra.

¿Por qué? ¿Qué oculta mi cerebro? ¿Qué es lo que se aloja en mi subconsciente y no quiere emerger de él, pese a mis esfuerzos?

¿Qué es lo que se encierra en mi inmediato pasado, que no vuelve a mi memoria, que no parece existir en el margen blanco, borrado, de todos mis recuerdos más próximos?

Lo único que sé con certeza es que acabo de despertar. Que mis

ojos se han abierto a la visión. Que mi mente funciona. Que mi conciencia existe de nuevo. Que estoy en alguna parte, preguntándome dónde. Que ha ocurrido algo, preguntándome qué. Y que temo a alguna cosa. O quizá a alguien. Preguntándome a quién…

No es mucho lo que sé, ciertamente. Sin embargo, es mucho lo que pregunto. Mucho lo que me preocupa. Mucho lo que ignoro.

Mis ojos…

Claro. Ahora recuerdo que los ojos sirven para algo. Ahora recuerdo que puedo ver dónde estoy. Puedo ver lo que me rodea.

Al menos, podré verlo cuando me habitúe a esta penumbra. A esta semioscuridad. A este ambiente tétrico y sombrío en que he despertado…

Sí. Voy viendo algo. Muy poco. Pero algo es. Veo formas. Objetos, tal vez. Muros, puertas, arcos…

Todo es tan grisáceo, tan turbio… Es como si mis ojos sufrieran alguna dolencia Como si mis pupilas estuviesen dañadas. Como si tuviera algún mal inexplicable. No veo bien. No acabo de adaptarme a la oscuridad que me envuelve.

¿Hace frío? Sí, parece que sí. ¿Humedad? Seguro que sí. Mis sentidos funcionan cada vez más sensiblemente. Capto sensaciones: frío, humedad, olor a subterráneo, a olvido, a abandono. El olor de las cosas viejas y abandonadas. El olor de lo que no se frecuenta. El olor de lo apolillado y, quizá, podrido. Ese indefinible aroma a lo que fue algo una vez, y ya no es virtualmente nada…

Un sótano. Seguro que es un sótano, en alguna parte. Dios mío, pero ¿dónde? Yo sé que estoy en algún sitio conocido. Sé que conozco el lugar, pero ¡maldita sea!, no logro recordarlo. Conozco cosas, y las he olvidado. Lo que mi subconsciente vela, mi consciente quiere extraerlo, desgarrando velos de olvido. Y no puede.

Un sótano. Húmedo, olvidado y silencioso. Un sótano con porches o arcadas de ladrillo viejo, gastado. Con pilares de antigua piedra carcomida por el tiempo. Con el aire viciado por el polvo y el olvido. Con la oscuridad viscosa de lo que nadie frecuenta…

Pero hay más aquí. Algo más, aparte de mí mismo. Algo que quisiera ver, o cuanto menos entrever. O imaginar. O adivinar.

Algo que me acompaña en esta soledad… En este extraño e

inquietante abandono en que alguien me dejó…

Sí. Alguien tuvo que ser. Porque he intentado moverme. Mi cerebro ha transmitido esa orden apremiante a mis miembros, a mis extremidades, a todo mi sistema nervioso. Neurológicamente, he seguido quieto, inmóvil. Sé que mi cuerpo no se ha movido. No ha hecho nada. No ha obedecido orden mental alguna.

Estoy atrofiado. O adormecido. O mis nervios no responden. O mi sistema neurovegetativo anda alterado. O mi cerebro es débil, y no funciona debidamente…

Sea como sea, esto no marcha bien. Siento inquietud. Temor. Miedo. Quizá pánico…

¡Y si al menos supiera a qué…!

Pero no sé nada. No entiendo nada. No adivino nada. No deduzco nada.

Yo, Douglas Dern, me siento confuso. Inferior. Vencido.

Y ni siquiera sé qué o quién me vence. Ni por qué, ni a través de qué medios.

Lo único cierto es que soy Douglas Dern, eso sí. Que me encuentro turbado, lleno de aturdimiento, de confusión, de torpeza. De angustia, quizá.

Sí. Las formas van aclarándose ante mi vista. Creo que sé lo que voy viendo. Adivino estructuras. Alta bóveda, porches o accesos porticados de ladrillo, con base de piedra. Muros grisáceos, desconchados por el tiempo y por la humedad. Mobiliario vetusto y polvoriento. Mesas largas, bancos de madera desnuda, ventanas cegadas que daban antes a alguna parte…

Y objetos de vidrio.

Sí. Muchos objetos de vidrio en las mesas largas de madera. Retortas, probetas, matraces, tubos de ensayo… Un laboratorio. Un amplio y destartalado laboratorio en alguna parte. Sin luz. Hay lámparas, sí. De gas, de petróleo, de aceite incluso. Las voy viendo. En muros, sobre las mesas, colgando del alto techo abovedado…

Muchas lámparas y muchos combustibles. Pero ninguna luz. Sólo una débil claridad filtrándose de alguna parte. Del techo. De una sucia claraboya que no alcanzo a ver. Esa luz cae sobre los objetos de vidrio del laboratorio.

Y también sobre aquella mesa…

¿Eh? ¿Qué es lo que hay sobre aquella mesa, frente a mí, al otro

extremo del laboratorio subterráneo donde he recobrado la noción de las cosas?

Es una mesa larga. Muy larga. También es largo lo que hay sobre ella tendido. Es… es una forma rígida. Y oscura.

Me pregunto qué será. Intento escudriñar, indagar. No sé. Mis ojos siguen sin responderme bien. Siempre tuve una vista envidiable, y ahora…

Ya sé. Es algo sólido. Corpóreo. Algo que me resulta familiar…

He temblado. Sé que he temblado, aunque apenas si he notado el estremecimiento en mi cuerpo, que no alcanzo a ver, dada mi evidente postura donde me encuentro inmovilizado.

Ahora ya puedo vislumbrar mejor lo que contiene esa mesa, frente a mí, a una distancia regular que, desde luego, no se halla a mí alcance, aunque llegase a moverme donde ahora reposo, que ni siquiera sé dónde pueda ser…

Ya veo la mesa claramente. Me habitúo a las sombras. Y veo lo que yace encima.

Es… es un cuerpo humano.

Un rígido cuerpo humano. Un hombre muerto, céreo, inmóvil.

Un cadáver.

Me duele mi propio cerebro, de tanto como me esfuerzo por ahondar en la oscuridad, por llegar a ver el rostro de ese cuerpo sin vida, tendido allí. Hay sangre. Gotas de sangre. Regueros de sangre que corren de las maderas de la mesa hasta el suelo. Sangre oscura, casi seca. Coagulada bajo el cadáver, manchando sus manos caídas, rígidas, color de la cera de unos velones en cualquier cripta…

Un cadáver. Un hombre ensangrentado, muerto. Asesinado, quizá.

Un hombre cuyas ropas me resultan familiares. Y cuyo rostro pálido, crispado, horrible, parece flotar en la sombra como una mancha lívida e informe. Cuyas manos aristocráticas me resultan conocidas. Cuyo cabello castaño, largo y liso, tampoco me es extraño. Cuya nariz recta me parece vista muchas veces…

Y esas ropas color gris oscuro. Y ese chaleco rameado. Y esa cadena de oro en una de las muñecas sangrantes… Y ese leve corte, esa cicatriz bajo la oreja izquierda, que es la que yo adivino a ver desde aquí…

¡Dios mío, no!

Eso no… No es posible. No puede ocurrir…

Ese cuerpo, ese cadáver, ese hombre muerto y ensangrentado que YO estoy contemplando desde aquí… no puede ser MI PROPIO CADÁVER.

¡No puedo ser yo mismo!

Y, sin embargo…

Sí. Sin embargo, esas ropas, ese cabello, esa cicatriz, esa pulsera, ese rostro, esas manos… Son de Douglas Dern.

Y Douglas Dern… soy yo.

Yo, que estoy contemplando ahora…

LA PIEL DE MI CADÁVER.

* * *

La piel de mi cadáver…

Es ridículo, lo sé. Es grotesco. Increíble, además.

Esas cosas no suceden. No sucedieron nunca. No van a suceder ahora. Y a mí. Precisamente… a mí.

Yo, el hombre más materialista, menos crédulo, menos dado a fantasías y a imaginaciones, de cuantos puedan existir en el mundo. O, cuanto menos, en el país. En todo Trinidad, que pese a su pequeñez y limitación, como posesión británica, está repleto de gentes crédulas, supersticiosas y llenas de fantasía en sus mentes primitivas, bien de ciudadanos de raza negra, bien de originarios de las razas latinas, tan dadas a fantasear como los nativos de las islas del Caribe.

Yo… estoy contemplando mi propio cadáver, allá en esa mesa.

No. Eso no puede ocurrir. Yo sé que no es posible.

Y, sin embargo…

Sin embargo, soy yo. He sido yo alguna vez. Es… mi cuerpo. Mi rostro. Mi persona. Todo me es familiar. Todo lo reconozco. Podría ser un maniquí de cera, ciertamente. Mi reproducción exacta.

Pero sé que no lo es. Hay algo que diferencia una forma de cera o de cartón, de un auténtico ser humano, aunque esté muerto. Eso es lo que sucede ahora. Ése… ése soy yo, no un muñeco. Soy yo, aunque… aunque…

Aunque esté muerto.

MUERTO.

¡Dios mío! Yo… muerto.

No se me ocurrió pensarlo. No creí que nadie se viera a sí mismo, después de morir. No imaginé que uno contemplara su propio cadáver, su cuerpo sin vida, a menos que… a menos que la Magia Negra, el Vudú o cómo diablos quieran llamar a las malditas brujerías de estas tierras extrañas, hagan posible estos prodigios alucinantes.

Sí, tal vez sea ésa la razón. Tal vez…

Magia Negra. Vudú. Algo que existía en cercanas islas, como Haití. Y en otras del Caribe. Ancestrales mitos del África Negra, siempre oscura y siempre desconocida en muchas de sus dimensiones.

Yo nunca había creído eso. Recordé, con un escalofrío, mis tiempos alegres y felices, fuera de aquel ámbito de pesadilla y de aquella visión imposible y aterradora. Evoque mis bromas, mis burlas, mis comentarios sarcásticos y despectivos hacia los brujos, hacia sus magias, hacía las leyendas de los *zombies* y cosas parecidas de aquellas Colonias nuestras, infradesarrolladas, donde los turistas ingleses de familia acomodada nos habíamos sentido siempre como ajenos, como fuera de nuestro ámbito, como personas extrañas y distantes.

He aquí, sin embargo, que ahora… ahora, yo mismo formaba parte de ese ambiente obsesivo y aterrador. Yo… yo era uno de los embrujados, de los sentenciados por la negra, tenebrosa magia de algún hechicero infernal de aquellas tierras malditas, donde todo parecía posible.

Todo.

Incluso verse uno a sí mismo, después de muerto. Ver… mi propio cadáver.

Sentirme, saberme fuera de mi propia piel. Contemplando mí figura yerta desde…

¿Desde dónde?

Sí… ¿Dónde estoy ahora? ¿En qué lugar inaudito se halla mi ser, mi persona, mis sentidos todos, puesto que me hallo FUERA de mi propia envoltura corporal? ¿Existen dos cuerpos idénticos? ¿Es un desdoblamiento o reencarnación en el cuerpo de otro ser viviente?

No, no dejo vagar mi imaginación. No debo ir demasiado lejos.

Enloquecería, tal vez. Hay que buscar una explicación fría, racional, lógica. Tiene que haberla. En alguna parte tiene que existir. No sé dónde, pero la hay. Sin duda la hay, ¿cómo no, Dios mío?

Pero si la hay… ¿dónde está la razón, dónde la explicación de tanto horror, de tanto imposible? Yo… mi cuerpo… separados. ¿Cómo, por qué?

He intentado verme a mí mismo ahora. No a ese cuerpo que reconozco como mío, tendido allá, en este subterráneo amplio y lóbrego en que debo hallarme. Busco mi propia envoltura, el cuerpo que me contenga ahora, sea mío o no.

No puedo hallarlo. No logro moverme. No tengo capacidad de movimiento. Es como sentirse incrustado en alguna parte. Inmovilizado por completo.

¿Quién hizo esto? ¿Qué le movió a ello?

Mi mente sigue turbia. Mis pensamientos, confusos…

Eh, allí… Ahora veo algo, frente a mí, un poco en escorzo. Una ventana. Cerrada, como todas. Cegada de alguna forma. Pero tiene vidrios. Vidrios asomados a la oscuridad total. Todos sabemos lo que es una vidriera con la oscuridad como fondo. Potencialmente… casi un espejo.

Un espejo…

Sí. Ahí puedo verme. Verme yo, realmente. En mi estado actual, si es que estoy fuera de mi propio físico, fuera de mi cuerpo de siempre.

Pero es tan difícil… El escorzo es violento, muy violento. A pesar de todo, estoy intentándolo. Y creo ver algo. Poco, pero algo. Sí, hay algo allí… Una mesa.

Exacto. Otra mesa. Sobre ella reposo yo. Quizá eso, pese a todo, sea sólo una reproducción, un buen maniquí de mí mismo. Una contrafigura en cera, en escayola o algo así. Yo estoy sobre otra mesa. Puedo ver el final de la misma.

Y unos cables. Unos cables que parten de donde yo reposo ahora. ¡Cielos, si pudiera ver algo más! Sólo un poco más…

Sí, creo que estoy a punto de lograrlo. Mi deseo es tan grande, mi voluntad tan firme, que siento que me muevo. Oscilo. Estoy bailoteando, intentando moverme, pese a las ligaduras que me puedan sujetar a esta mesa. Me veré ahora. De un momento a otro, me contemplaré a mí mismo en ese oscuro vidrio polvoriento,

improvisado espejo para mi imagen, familiar o desconocida, no puedo saberlo aún.

Sea como sea, otro pequeño esfuerzo más… Otro solamente y…

¡Sí, ya está! Veo los cables un poco más. Y unos electrodos o contactos. No entiendo… ¿Qué diablos es esto? Electricidad… No es que la electricidad esté muy adelantada todavía en el mundo. Desde la pila eléctrica de Volta, a principios de este siglo que ahora termina, puedo recordar cosas como la electroplata de Brugnatelli, en 1805, el electroimán de Sturgeon, en 1823, el motor de corriente directa de Gramme, en mi país, en 1873, e incluso la lámpara incandescente de Edison, en los Estados Unidos, hace sólo tres lustros, aunque todavía sin perfeccionar del todo…

Electricidad… ¿Qué diablos hacen conmigo ahora, usando cables y contactos eléctricos, en un país que se supone infradesarrollado, y donde el tam-tam suple aún al telégrafo, y la magia, a la ciencia? No sé, no entiendo todo esto…

Si pudiera ver más, algo más… Sólo un poco más…

Mi mente da la orden. Lo intento. Y me muevo. Sí. Sé que me muevo. Oscilo. Y logro verme reflejarme, al fin, en el vidrio de la ventana oscura…

Me he visto.

Un solo instante, pero… me he visto.

¡OH, DIOS, NO! ¡ESO… NO! Es demasiado horrible…

No, no tiene sentido. No puede ser…

Pero me he visto. He visto, cuanto menos, lo único que hay en esta mesa donde yo sé que estoy ahora, fuera de mi propio cuerpo. He visto reflejado lo que queda de mí. Lo que soy en la actualidad.

Es espantoso. Increíble. Aterrador. Pero ni siquiera puedo llorar. O gritar. O temblar. No tengo medios de hacerlo. Ahora lo sé. Y ni siquiera me molesto en intentarlo. Total, ¿para qué?

¿Qué adelantaría yo con intentar algo que me está ya totalmente vedado, en medio de este indescriptible horror?

Porque yo… YO, Douglas Dern… yo que estoy ahora fuera de la piel de mi cadáver… soy solamente lo que he visto en ese cristal. Lo que me ha mostrado ese horrendo reflejo en un vidrio oscuro…

¿Qué es lo que he visto, Señor?

Sólo un cerebro. Un cerebro humano… encerrado dentro de una urna de vidrio, sobre esta mesa… y unido a unos electrodos,

flotando en un líquido, en un humor transparente y viscoso, donde mi masa encefálica es todo lo que queda ya de mí…

Yo… YO SOY MI PROPIO CEREBRO. ENCERRADO EN UNA CAJA DE VIDRIO, y alimentado sólo por impulsos eléctricos…

PRIMERA PARTE

HISTORIA DE UN CUERPO

CAPÍTULO PRIMERO

Mis recuerdos son borrosos ahora. Difusos. Muy difusos…

No puedo pensar bien. Pero al menos lo intento.

Y evoco algo. Algo que apenas si vislumbro entre nieblas, allá lejos, en alguna parte de un pasado que parece remoto.

Y que sin embargo, es tan cercano. Tan inmediato a este horripilante presente de hoy, de ahora, de este momento escalofriante que me toca vivir…

Mi llegada a Puerto España, Isla de Trinidad, aquella noche bochornosa en que caía la lluvia torrencialmente, a pesar del intenso y húmedo calor reinante, en el que se mezclaban casi diabólicamente los guturales cánticos negros, con reminiscencias africanas, y los ruidos portuarios de la británica colonia, sobre el fondo del torrencial aguacero en las techumbres de tejas o cañas de los nativos tropicales.

Era la primera vez que me veía en tierras como aquélla, al sur del Trópico de Cáncer.

Confieso que me sentí fascinado por el ambiente del lugar, pese a que el primer sitio que pisé fue un suelo empedrado de cantos rodados, bajo un porche que me guareciese de la lluvia, en tanto un servidor nativo, empapadas sus blancas ropas sobre el cuerpo de ébano sudoroso, corría en busca de un carruaje para mí.

Sí. Ésa fue mi primera noche en Puerto España. Mi primera hora en Trinidad, en los trópicos, en las islas calientes, al sur del Trópico de Cáncer. Y ahora, aunque intento recordar mucho más, no me es posible.

Conservo mi cerebro, pero no mi serenidad. Los recuerdos son borrosos, lejanos, confusos.

Y siguen siéndolo hasta que aparece en ellos un rostro de mujer. Un bello y sensitivo rostro de mujer. Un rostro que iba a significar mucho en mi vida. Y quizá, en mi muerte también. O en lo que

fuese ahora aquella transición alucinante, entre la luz y las sombras del terrorífico momento actual…

Sí. Creo que ella marcó el principio de todo esto.

Y quizá marcó el final. Pero yo no me enteré.

Entonces, no podía saberlo. Entonces, yo, Douglas Dern, recién llegado de la metrópoli, no podía saber nada, en aquel alejado confín de las posesiones británicas dispersas por el mundo bajo la égida gloriosa de nuestra gran Reina Victoria…

CAPÍTULO II

—Usted es Douglas Dern, ¿no es cierto?

—El mismo, señorita…

—Maya —dijo ella dulcemente, con una sonrisa en sus labios gordezuelos, muy rojos—. Maya Creole, señor Dern. Para servirle en cuanto necesite…

—Es demasiado amable, señorita Creole —repliqué, risueño, inclinándome ante ella cortésmente—. No deseo que me sirva, sino servirle yo, si ello es posible.

—Por el contrario, soy yo quien está aquí para obedecer sus órdenes —respondió la bella dama risueñamente—. Soy la que cuida de este establecimiento, después de todo, señor Dern…

—Yo no me refería a esa clase de fríos servicios profesionales, sino a cuanto una persona pueda hacer por otra, al margen de beneficios comerciales —repliqué, como si estuviese hablando con cualquier alta dama de Buckingham Palace, pese a hallarme en Puerto España, como decían los nativos, o Port of Spain, como decíamos nosotros, un mundo infradesarrollado, según las guías de viaje del glorioso imperio—. Señorita Creole, es la primera vez que piso estas islas, pero lo último que esperaba encontrar en mi viaje es un rostro con su belleza, y una joven con su encanto, su excelente inglés y su exquisita educación.

—Ustedes, los ingleses, son muy pintorescos —rió Maya de buena gana, mirándome—. Se consideran centro del Universo, y propietarios exclusivos de todas las virtudes del ser humano… Sí, se nota que es la primera vez que pisa Trinidad. Verá a otras muchachas tan hermosas como pueda serlo yo. Pero tampoco a ellas deberá tratarlas tan cortés, tan familiar y afectuosamente, si no quiere ganarse la enemistad de los demás.

—¿Enemistad, ha dicho? —Me sorprendí—. ¿La he molestado en algo?

—Por el contrario, señor Dern —ella exhibió su bella dentadura, blanca y nítida, bajo el fresa jugoso de sus labios sensuales—. Es usted exquisito y maravilloso. Precisamente ahí está lo malo. Serían sus propios compatriotas ingleses los que mirasen mal ese comportamiento suyo… con una muchacha de color.

—¿De… color? —repetí, perplejo.

—Eso es. De color. No soy negra ni china —soltó una breve carcajada—. Pero hay matices. Recuerde que ésta es tierra de mezclas. Mi piel es color canela, mi sangre tiene dos colores confundidos. En resumen, señor Dern: soy mestiza.

—Bien. ¿Eso importa algo? —me extrañé, contemplándola atentamente.

—Bueno, existen gentes vecinas a nosotros que piensan que importa, y mucho. Son una especie de hermanos suyos de raza, señor Dern…

—No me diga —reí—. ¡Los americanos!

—Exactos. Los americanos de los Estados Unidos.

Para ellos, un negro es un esclavo a quien se puede matar impunemente, igual que a un chino o a un piel roja. Un mestizo no es mucho mejor…

—Los ingleses no somos americanos, señorita Creole —le recordé.

—Ellos dicen que son el producto de su colonización, de su cultura y de sus ideas.

—Algo les hizo cambiar de mentalidad en esa hermosa tierra que ocupan —sacudí la cabeza—. También tenemos criados de color, pero no esclavos ni víctimas propiciatorios a nuestras barbaries. Hay racistas en Londres, imagino. Como en cualquier otra parte. Del mismo modo que existen ladrones, asesinos o bastardos, señorita Creole. No por ello vamos a ser todos iguales.

—Sí, veo cuando menos que usted no tiene prejuicios de ese tipo —suspiró, con alivio, y me señaló, risueña, la puerta hasta donde me había conducido por el corredor blanco, encalado, que recordaba las viejas edificaciones francesas y españolas—. Su alojamiento por esta noche, señor Dern. Hasta que mañana vengan a recogerle para ir a Isla Matumba.

—Oh, claro —asentí pensativo—. Isla Matumba. Es mi destino. ¿Está muy lejos de aquí?

—Trinidad se compone de dos islas: Tobago y Trinidad misma, señor Dern —me dijo ella, paciente, abriendo el embozo impoluto del confortable lecho. Afuera batía ruidosamente la lluvia, golpeando con furia los cristales de la ventana—. Pero hay muchos otros islotes en torno, y uno de ellos es Isla Matumba, que apenas si es un trozo de tierra de cuatro o cinco millas cuadradas, repleto de vegetación, espesor, animales tropicales, pájaros… y, desde luego, la residencia de la doctora Jason.

—La doctora Jason… —asentí—. Una mujer entregada a la ciencia, según parece… ¿Tan buena es cómo investigadora?

—Yo no entiendo de ciencia, señor Dern —sonrió ella, mirándome por encima de su hombro desnudo, que, ciertamente, poseía un suave, dorado color canela muy tentador.

—Perdone. Olvidaba que es solamente la encargada de este hotel —recordé, sonriente—. ¿Qué tal es como negocio este Caribbean Palace, realmente?

—De palacio tiene poco a menos que lo imaginemos como el de un antiguo virrey español en las Indias —comentó ella, encogiéndose de hombros—. Pero no es mal negocio. Todo viajero que llega a Puerto España, acostumbra a alojarse aquí…

Eso me hizo pensar en algo. E hice la pregunta; ingenuamente lo confieso:

—¿También Ashley Marlowe?

Ella me miró con brusco recelo. Pareció encogerse, plegarse sobre sí misma, como lo haría un reptil golpeado, que teme ser herido de nuevo. Sus ojos oscuros, apasionados, se volvieron fríos e insondables.

—Sí, también —admitió con sequedad—. También Ashley Marlowe, señor Dern… ¿Necesita algo más?

No me precio de ser un portento de inteligencia, pero era obvio que no hacía falta eso para advertir la repentina cautela y hermetismo de la bella dama de piel morena. De modo que yo también di marcha atrás, lamentando el repentino muro de hielo alzado entre los dos y limitándome a responder, escueto:

—No, nada más; gracias, señorita Creole. Bajaré después a cenar…

—Tiene tiempo hasta las nueve y media —dijo, ya en el corredor, antes de cerrarme la puerta—. El horario de estas

latitudes se diferencia un poco del de su tierra, ¿no lo sabía?

Cerró. Me quedé solo en el dormitorio de muros blancos, de arcos, de techo abovedado, de ventanales encristalados, asomados a la calle lluviosa de Puerto España, donde el aguacero rebotaba estruendosamente en lo que los nativos llamaban *chinas pelonas*, como yo más tarde aprendería. Y que para mí, viajero de la metrópoli, eran simples cantos redondos, pelados, empedrando las calzadas angostas, zigzagueantes y en pronunciada pendiente de la bulliciosa capital isleña.

No. No sabía que se pudiese cenar hasta tan tarde. En Londres, el mejor restaurante de Piccadilly, de Regent o de Charing Cross, cerraba su comedor para todo servicio, como máximo a las ocho. Esto no era Londres. Ni Inglaterra. Esto era Trinidad. El trópico. El Caribe. Otro lugar. Otras gentes. Quizá, incluso, otro mundo.

Otro mundo…

Dios mío, no sabía yo, al pensar en esa tontería, lo cerca, lo tremendamente cerca que estaba de la espantosa realidad, del alucinante destino que me aguardaba casi enseguida, prácticamente a la vuelta de una cualquiera de aquellas sinuosas esquinas, en las angostas, empinadas callejas blancas de Port of Spain, la ciudad tropical con sabor viejo de Francia y de España, con sabor ancestral de ritos negros llegados del África oscura y enigmática, con apenas un leve barniz, una pátina difusa de civilización colonial británica…

No lo sabía, y debí saberlo. No lo sospechaba, y debí sospecharlo.

Porque allí mismo, en ese momento, en la soledad de mi encalada, rústica y castellana habitación del Caribbean Palace de Puerto España, con sobriedad quijotesca y albores manchegos, con latinos recuerdos y meridionales sabores, tuve mi primer contacto con algo que estaba más allá de la vida y del mundo que yo conocía.

Y ello sucedió apenas me despojé de la blanca levita mojada, liviana y clara como correspondía a aquellas latitudes calurosas.

Sucedió cuando el monstruo brotó de debajo de mi cama.

Porque supongo que se le puede llamar monstruo a una calavera, a un cráneo, horrible y descamado, moviéndose hacia mí sobre el suelo alfombrado de estera de caña, apoyándose encima de unas increíbles patas velludas, contraídas y alzadas como las de una

colosal araña con huesudo cráneo de esqueleto…

CAPÍTULO III

Contemplé, despavorido, aquel horror en movimiento que venía hacia mí como una visión de los infiernos, como algo imposible, que sólo podía suceder donde la magia y la brujería eran dueñas y señoras de vidas y destinos…

Creo que cualquier otro viajero hubiese gritado, en mi lugar. O se hubiera arrojado, enloquecido de pavor, por los vidrios chorreantes de agua de la ventana asomada a Marine Street.

Yo no soy más valiente que cualquier otro. Pero sí más frío y sereno, incluso en los momentos supremos y difíciles. Éste parecía ser uno de ellos. Y me mantuve dueño de mí mismo. Y soporté la terrorífica impresión.

Me precipité sobre mi maletín sin abrir. La calavera viviente se movía hacia mí, sobre aquellas espantosas y rápidas patas negras, de vello erizado y lustroso. Sus vacías cuencas negras parecían dotadas de una luz diabólica, fija en mí. Pero sólo lo parecían.

Yo sabía que no había allí luz alguna. Ni pupilas. Ni nada. Una calavera no vive, no puede existir ni moverse. Allí tenía que haber una explicación plausible de todo. Y cuando abrí mi maletín, forzándolo un poco en la premura, traté de hallarla por la vía más rápida y expedita.

Empuñé mi revólver y lo apunté hacia la cabeza espantosa, moviéndose a ras del suelo, ya no mucho más lejos de dos pies de mi persona. Luego, amartillé e hice fuego sin contemplaciones.

No le di el alto ni dije palabra alguna. Si era un difunto moviéndose, supuse que la voz de un mortal no le impresionaría demasiado. Ni siquiera la voz de mi revólver, de calibre 38.

Si era una superchería, la cosa podía ser diferente.

Era una superchería.

Lo sospeché un momento antes. Lo supe cuando el cráneo huesudo voló por los aires, dando botes a cada proyectil que le

golpeaba, y la gigantesca tarántula peluda siguió corriendo alocada hacia mí… hasta que la despanzurré de un balazo, justo junto a mi pie derecho.

Su aspecto fue repugnante una vez reventada por la potente bala. Pero más repulsiva era estando llena de vida, que ahora. Naturalmente, el dañado, agrietado cráneo humano, ni se movió ya. Rodó como una pelota agrietada, hasta detenerse, con sordo chasquido hueco, en un rincón del dormitorio. Lo contemplé, pensativo, preocupado.

—Una tarántula es fácil de encontrar dentro o fuera de un dormitorio tropical —dije en voz alta, arrugando el ceño, mientras bajaba mi arma humeante—. Pero un cráneo humano, ya no tanto…

Y menos aún, un cráneo acoplado cuidadosamente sobre una tarántula, de modo que ésta no pudiera desprenderse de él, y se viera precisada a correr con semejante caparazón, como un extraño, tétrico crustáceo de desconocida especie.

Pero… ¿por qué en mi habitación?

Yo acababa de llegar a Port of Spain. Nadie me conocía allí, ni nadie podía tener interés especial en amedrentarme.

Entonces… ¿qué significaba aquello?

La pregunta seguía flotando en mi mente cuando bajé a cenar, con bastante menos apetito, por cierto, que cuando el carruaje del embarcadero me había dejado ante el porche del hotel.

* * *

—Señor Dern, quisiera poderme explicar el incidente de algún modo…

—Yo también, señorita Creole —aseguré, preocupado.

—¿Qué está pensando? ¿Que todo es culpa nuestra?

—¿Usted qué piensa, exactamente?

—Que la tarántula es común en estos lugares, sobre todo cuando hay cambios atmosféricos bruscos, como ha sucedido hoy. Pero la calavera…

—Opinamos lo mismo. Es lo que yo me dije. ¿De dónde puede sacar una pobre tarántula un objeto tan desusado como una

calavera humana?

—Bueno, eso de… de pobre tarántula, yo diría que no es muy exacto, cuando menos en este caso —me rectificó suavemente la bella Maya Creole.

—¿Qué quiere decir? —indagué, clavando en ella mis ojos, mientras llenaba mi pipa de tabaco aromático, y lo encendía con parsimonia, saliendo al porche del hotel, y contemplando la lluvia en el exterior, dando brillo a la hojarasca lujuriosa del trópico y a la piedra de la balaustrada externa.

—Existen muchas tarántulas gigantes, cuya acción sobre el ser humano es sólo irritante, sin provocar más daño. Pero hay otras, altamente venenosas, incluso mortíferas, y no son las más abundantes, por cierto —Maya inclinó su morena cabeza, pensativamente, sin mirarme, cuando completó justamente lo que yo me temía—: La que usted mató en su alcoba… era de las más ponzoñosas que he visto en Trinidad, señor Dern. Una picadura de ella… y significaría su muerte cierta.

Me mantuve en silencio unos momentos. Fumé con parsimonia, moviendo los hombros en un ademán ambiguo. El rumor de la lluvia era fresco y amable. Todo parecía, a mí alrededor, dotado de esa cadencia lánguida de las zonas tropicales. Como si aquel rincón paradisíaco sólo encerrase paz, sosiego, somnolencia…

Apenas acababa de llegar allí, y ya tenía serios motivos para dudar de todo eso. Yo era un desconocido en Trinidad. Sin embargo, en mi habitación tuve la visita tétrica de una tarántula gigante, muy venenosa… con una calavera humana como remate.

Alguien había pretendido asustarme, pensé primero. Ahora pensaba algo diferente. Y aún menos tranquilizador: alguien intentó matarme.

A mí, recién llegado de la metrópoli a una de las colonias de Su Graciosa Majestad la reina Victoria…

¿Por qué?

Inevitablemente, pensé en Ashley Marlowe. Tenía mis motivos para ello.

—Me pregunto si esto tendrá algo que ver con lo que sucedió entonces… —comenté, entre dientes, sin mirar a nada concreto, allá entre los arbustos mojados y los tejados de Port of Spain, hacinándose bajo el aguacero tropical.

—¿Con qué, señor Dern? —se interesó Maya, volviéndose hacia mí, sorprendida.

La miré. Ella pestañeó, pero sin quitar sus oscuros ojos de los míos.

—¿Lo pregunta? —Sonreí—. Usted sabe a lo que me refiero. Hablo de Ashley Marlowe…

—Oh, eso, —ella bajó la cabeza otra vez, con rapidez, como si no quisiera que yo ahondase demasiado en sus oscuras pupilas—. ¿Por qué le preocupa tanto ese tema?

—Es lógico que me preocupe, ¿no? —dije, con cierta sequedad —. Es mi vida la que ha estado seriamente en peligro, y usted lo sabe.

—Señor Dern, entiendo eso muy bien. Lo que me sorprende es… lo otro. La alusión a un asunto que a usted no debería afectarle —dijo con lentitud la joven nativa.

—Lo siento, pero sí me afecta. O, cuando menos, eso es lo que yo pienso. Por cierto, usted parece eludir la mención de Ashley Marlowe. ¿Por qué, señorita Creole?

—No he eludido nada —ella me contempló con frialdad, e hizo un encogimiento de hombros—. Sencillamente, no es asunto que me afecte. Y todo aquello que no me afecta, procuro no mezclarme para nada en ello, señor Dern. Ahora, si desea informar de lo sucedido a la policía, puede telefonear al comisario Moriandy, de la Policía Colonial, o al inspector Ponce, del Cuerpo nativo de Policía de Trinidad. También puedo hacerlo yo en su nombre, puesto que aquí ha ocurrido el incidente…

—No —rechacé gravemente—. No hará falta nada de eso.

—¿Cómo? —Me miró, sorprendida—. ¿No va a informar a la policía? ¿No denuncia el hecho?

—Creo que no merece la pena. Difícilmente pueden hacer ya algo. La tarántula está muerta. Y aunque estuviese viva, ¿qué podrían hacerle? No creo que entendiese de leyes…

—Pero quien la envió a su habitación, si puede entender de leyes. Y de asesinato.

—Lo sé —sonreí, pensativo—. También Ashley Marlowe fue asesinado, señorita Creole.

—¿Asesinado? —Pareció irritarle mi respuesta—. Nadie ha dicho tal cosa. Fue una muerte accidental, nadie tuvo la culpa…

—Ésa fue la versión oficial. Pero yo me pregunto si pueden estar absolutamente seguros de que un hombre que muere destrozado en un cepo para fieras selváticas, puede morir así accidentalmente… o por otras causas más oscuras.

—Él aún vivió lo suficiente para haber acusado a alguien, de ser eso cierto…

—Por lo que sé, todo el tiempo que él sobrevivió a las heridas de aquel horrible cepo, señorita Creole, estuvo aullando. Sencillamente aullando, como un perro. Y las escasas palabras que pudo pronunciar, debían ser sencillamente producto de un delirio, de la fiebre de su agonía o algo así.

—¿Cómo sabe usted tantas cosas sobre eso?

—Porque me informaron de ello antes de venir aquí, señorita Creole. Me dijeron cómo murió el profesor Ashley Marlowe. Y las únicas palabras que dijo, en su período agónico, fueron para asegurar «que no era él». Que él «no era el profesor Marlowe ni nada era lo que parecía». ¿Tiene eso algún sentido?

—Supongo que no…

—Por eso le dije que no había que fiarse demasiado de lo que habló entonces el desdichado profesor Marlowe. Y por eso sigo pensando que fue asesinado… como a mí han pretendido asesinarme esta noche aquí.

Di media vuelta, encaminándome hacia el comedor, aunque repentinamente había perdido el apetito. Oí la voz de ella, a mis espaldas:

—Y aun así… insiste en no avisar a la policía…

—Sí —suspiré—. Aun así… insisto en ello. Gracias, de todos modos.

Entré en la sala comedor. Había pocos comensales en ella. Una pareja de naturales de Trinidad, que me miraron curiosamente, un turista con cámara cinematográfica, y un sacerdote de piel oscura, mestizo sin duda alguna, que había terminado de cenar y permanecía abstraído en la lectura de los Evangelios. Era de religión católica.

Me senté no lejos de él, y me dedicó una correcta inclinación de cabeza como saludo, a la que correspondí de igual modo. El único ruido que llegaba al comedor era el de la lluvia insistente, golpeando afuera los vidrios, la techumbre del edificio y la

hojarasca del jardín. En la calle, rodaban los carruajes velozmente, perdiéndose en la noche lluviosa con rapidez.

Debo confesar que la comida en el hotel de Maya Creole era francamente buena y bien condimentada, sin excesos propios de la cocina latina. Incluso mi británico paladar se adaptó a ella, sin necesidad de caer en la monotonía de solicitar un *menú* inglés. Me gusta comer en cada país aquello que es propio de él. Creo que a través de su cocina, también se conoce a una tierra. Y de igual modo al mundo entero.

Cuando terminé mi cena, me sentía cansado. Quizá la impresión de lo ocurrido arriba me había afectado de algún modo. Los demás comensales se habían ausentado ya. Me encontré solo en el comedor. Dos jóvenes sirvientes femeninas de color, de formas agresivas y opulentas, pero de seria corrección en el trato, recogían los servicios en las mesas. Me incorporé, para abandonar el comedor.

Entonces vi el rostro en la ventana.

* * *

Era una faz aplastada contra el vidrio, oscura y extraña, de redondos, fijos ojos vidriosos, clavados en mí con maligna expresión.

No hubiera podido saber si era hombre o mujer, pero el color de su tez era más oscuro aún que el de las mulatas color café que servían en el comedor, cimbreando sus curvas.

Me estremecí. Aquel rostro extraño, apretado contra el vidrio lluvioso, aquella mirada vidriosa, extraviada y malévola, me alarmaron. Exclamé, señalando a la ventana:

—¡Eh, miren eso! ¿Quién es? ¿Qué hace ahí?

Las dos muchachas de piel oscura se volvieron. Me contemplaron primero a mí. Luego, al ver la dirección de mi brazo extendido, de mi índice rígido, de mi mirada misma, buscaron el motivo de mi llamada.

No vieron nada. La ventana estaba vacía. Sólo la lluvia, corriendo por ella, melancólicamente.

—¿Quién, señor? —preguntó una, melosa.

—No veo nada, señor —habló la otra, con igual cadencia dulzona.

Y se quedaron mirándome, incluso algo burlonas, como si se mofasen de mi imaginación. Eso me enfureció. Emprendí la marcha hacia la ventana, con largas zancadas.

—Había alguien ahí, hace un momento —dije, con acritud—. Un nativo.

—No es fácil, señor —observó una de ellas, cuyos pechos erectos rocé al pasar, produciéndome el efecto de golpear dos bloques de granito—. Es sólo una barandilla asomada al patio…

Había abierto yo la ventana bruscamente. Era alargada, casi tocando el suelo, como un estrecho balcón. Pero la nativa de las formas macizas tenía razón. Allí no podía sostenerse prácticamente nadie. Sólo una baranda de piedra, con enredaderas brillantes por la lluvia, un angosto saliente, una cornisa de piedra donde era problemático y muy arriesgado apoyar los pies, con el patio empedrado abajo, repleto de palmas y arbustos charolados por el aguacero.

Eso era todo. Miré a ambos lados, por todo el cuadrangular edificio antiguo, abajo al empedrado, a los arbustos. Y arriba, sobre mi cabeza, el alero del tejado que separaba las ventanas del comedor de la planta alta, destinada a habitaciones.

Tuve que admitir que ellas tenían razón. Cerré, malhumorado.

—Aun así, había alguien ahí —dije con sequedad.

Ellas se miraron entre sí, sin decirme nada. Las dejé en el comedor, marchándome airado, y apenas salí, capte sus leves risas irónicas.

—¿Le ocurre algo, señor Dern? ¿Alguna queja sobre el servicio?

Me paré en seco. Miré a la muchacha.

Ella tenía la virtud de aparecer siempre inesperadamente, por cualquier parte. Aun así, Maya Creole no me parecía nada inquietante. Por el contrario, era siempre una aparición muy atractiva. Poseía una belleza más próxima a la de mi raza, aunque con el exotismo sensual de la mezcla. Y una oscura e inteligente mirada que tenía la virtud de complacerme o irritarme, según los casos.

—No, nada de eso —rechacé—. Creo que ellas hacían bien en reírse de mí.

—¿Mis doncellas? —Maya enarcó las cejas—. No me gusta que nadie haga eso con mis clientes, señor Dern. Creo que debo decirles que…

—No les diga nada, por favor —suspiré, reteniéndola—. Fue culpa mía.

—¿Culpa suya? —Me estudió, escéptica—. No me dirá que pretendió cortejarlas.

—No, eso no. ¿Acaso tengo yo tipo de conquistador?

—No lo decía por eso, señor Dern. Es que conozco a mis doncellas —rió Maya—. Si las hubiera pretendido cortejar, no se hubiesen reído en absoluto. Hubieran caído en sus brazos las dos.

—Vaya, eso es interesante —también reí, aun contra mi voluntad. Luego, sacudí la cabeza—. Lo cierto es que debo estar nervioso por lo sucedido, por el cansancio del viaje y todo eso. Creí ver algo en la ventana, eso es todo.

—¿En… la ventana? —Me sorprendió la gravedad de su mirada, al abrirse sus ojos notablemente, y contemplarme con perplejidad. Acaso, también, con cierta inquietud.

—Sí —me encogí de hombros—. Yo he comprobado qué no pudo ser, no se moleste en reprochármelo, señorita Creole.

—No le reprocho nada. ¿Qué es lo que vio o creyó ver, exactamente?

—Bueno, se va a reír de mí, igual que ellas…

—No, le aseguro que no —manifestó gravemente—. Por favor, ¿qué es lo que le pareció ver en la ventana?

—Un… un rostro oscuro. Un nativo. O una nativa, no podría saber si era hombre o mujer. Tenía los ojos muy grandes, una mirada maligna, extraña. Y el pelo rizoso le caía sobre la frente, mojado por la lluvia…

—Dios mío —la vi palidecer intensamente, tambalearse, y murmurar algo incoherente para mí—. Otra vez ella… la muerta… Luana Lois…

Y se desplomó, inconsciente.

* * *

Llegué justo a tiempo de evitar que cayera en la alfombra de

cáñamo, tomándola en mis brazos con fuerza. El cuerpo joven y espléndido de la mestiza reposó contra mí, mientras me preguntaba qué diablos podía hacer con ella.

Me encaminé al bar del hotel, con paso decidido. Se hallaba al otro lado del comedor, y era preciso cruzar una sala de lectura, encristalada, con aspecto de patio español. El sacerdote católico que viera antes, se apresuró a incorporarse, y corrió hacia mí, sin soltar sus Evangelios.

—Cielos, ¿qué le ha sucedido a la señorita Creole? —se interesó.

—No lo sé —tuve que confesar—. Parece que sufrió un brusco desvanecimiento. Acaso el bochorno, el calor y la lluvia…

—Ella está habituada a todo eso, señor —sonrió el religioso, meneando la cabeza. Depositamos a Maya en un sofá de mimbre, sobre unos almohadones, y él se inclinó hacia la joven, solícita—. Deje que la atienda. Sé algo de medicina…

—Yo también —respondí con cierta sequedad—. Soy médico.

—Oh… —el cura se irguió, confuso. Me miró, entre avergonzado y risueño—. Qué torpeza la mía, ¿verdad?

—Nada de eso, padre —negué—. Usted no tenía por qué saberlo. En realidad, soy investigador en Biología. Dejé de ejercer la Medicina apenas terminé la carrera. Me atrae más la investigación que la práctica de doctor, pero creo que puedo ocuparme de este caso.

—Me parece que es sólo un desmayo, producido por alguna emoción intensa —señaló el sacerdote, asintiendo a mis palabras, y examinando a la joven fondista.

—Un diagnóstico correcto —me vi obligado a asentir—. Es lo mismo que he pensado yo. Pero no lo entiendo, padre. Le hablé de un rostro que creí ver en la ventana…

—¿Un rostro? —Me miró preocupado el sacerdote.

—Sí, el de un nativo o nativa. Ella pareció saber quién era, y le impresionó. Dijo… dijo algo raro, sin sentido. Algo así como: «Ella, otra vez… La muerta… Luana Lois». Y se desvaneció.

—Luana Lois… —el cura católico me contempló mientras yo lograba ya reanimar a la joven sin brusquedades. Le vi arrugar el ceño, y persignarse. Me erguí, mientras él repetía entre dientes—: Luana Lois… Dios mío, sé que no puede ser y, sin embargo…

—¿Qué dice, padre? —indagué.

—Sin embargo, en estas tierras todo parece posible, amigo mío…

—¿A qué se refiere, padre?

—Mi nombre es Leclerc. Padre André Leclerc… Decía que parece imposible, y aquí termina uno por creer en lo que no admite la razón en modo alguno. Esa mujer, Luana Lois… no es la primera vez que es vista tras una ventana o deambulando por las calles de Port of Spain… Y sin embargo…

—Sin embargo… ¿qué? —Me intrigó.

—Sin embargo… está muerta. Murió y fue sepultada hace cinco años…

CAPÍTULO IV

Mi pesadilla no tuvo nada de agradable.

Era la primera que sufría, desde que abandoné Londres. Y temí que no fuese la última. En ese sueño se mezclaban confusamente enormes arácnidos venenosos, con rostro de mujer negra y ojos de vidrio, calaveras, tumbas que se abrían, cadáveres que deambulaban junio a mí, despidiendo el hedor de su putrefacción…

Finalmente, cuando desperté, era plena noche, hacía un calor húmedo y pegajoso en mi habitación, pese a tener el balcón entreabierto, con la mosquitera precavidamente tendida sobre el lecho, y afuera no se percibía ya el ruido de la lluvia.

Me erguí en la cama, enjugándome el sudor a manotazos. Miré en torno mío, inquieto. La claridad procedente de la calle, sin duda de las farolas de gas del alumbrado público en Puerto España, me reveló la presencia de algunos insectos sobre la mosquitera, y nada más. La normalidad en mi alcoba era absoluta.

Allá lejos, en algún punto de la capital de Trinidad, un viejo reloj desgranó lentas y sonoras campanadas, que se perdieron en los dédalos callejeros de la pintoresca población, con ecos cada vez más apagados.

Repentinamente, descubría que no tenía sueño alguno. Me incorporé, apartando la mosquitera a un lado, y fumé mi pipa, paseando nervioso por el dormitorio. Sabía que tenía que descansar, porque me esperaba mucho ajetreo al día siguiente, con mi traslado a Isla Matumba, y mi encuentro con la profesora Jason, para empezar mi trabajo en Trinidad, para el que me había desplazado desde Londres. Todo porque el buen profesor Marlowe había tenido mi tarjeta de visita entre sus pertenencias, al morir. La profesora Jason, al perder su valiosa ayuda, solicitó la mía, y me ofreció un excelente sueldo.

Mis ingresos en la metrópoli distaban mucho de alcanzar los que

mi compatriota en Trinidad, la profesora de Biología Irish Jason había ofrecido, y no vacilé mucho en la elección.

Lo peor fue enterarme de la clase de muerte del profesor Marlowe. Y de lo que, en un extraño párrafo, que yo recordaba muy bien, por haberlo leído hasta conocerlo de memoria, me advertía lealmente la profesora Jason:

> Eso sí, señor Dern. Es mi deber advertirle que, para mí, no estuvo nada clara la muerte del profesor Marlowe en la jungla de Trinidad. Se ausentó de Isla Matumba por causas que desconozco, sin avisarme siquiera. Luego, apareció moribundo, en una rampa para animales salvajes. Un cepo de metal le había destrozado. Eso sucedía cerca de Port of Spain. Debió desembarcar en un punto alejado del muelle, teniendo que cruzar una zona selvática para alcanzar la capital. Ignoro sus motivos para obrar tan extrañamente. Lo que me preocupa es que, según el comisario Moriandy, al morir, dijo algo así como: «No soy yo… No soy el profesor Marlowe… ni nada es lo que parece». Luego, no hizo sino quejarse, aullar y aullar como una auténtica fiera herida hasta que murió.

La profesora había sido tremendamente sincera al advertirme de algo así, pero eso no iba a hacerme cambiar de opinión ante los honorarios a percibir en su compañía, trabajando en investigaciones biológicas, y le respondí con un telegrama, aceptando las condiciones.

Sólo una semana más tarde recibía un anticipo de cien libras, y emprendí mi viaje a las islas del Caribe. Donde, según dijera esa misma noche el padre Leclerc, todo era posible. Incluso lo que no podía suceder.

—Una mujer muerta y enterrada… —recordé, estremeciéndome, y hablando en un murmullo, conmigo mismo. Apagué la pipa, volviendo a la cama, tras manotear para alejar de mí a unos mosquitos particularmente molestos. Eché la mosquitera, y me dispuse a dormir, meditando todavía acerca de aquel hecho increíble—: Luana Lois es una mujer que murió y fue sepultada, que figura oficialmente en los registros como difunta… y sin embargo, varias personas la han visto ya, asomada a las ventanas, o deambulando por ahí como un espectro viviente… ¡Cielos, eso no puede ocurrir en ningún lugar del mundo, ni siquiera en Trinidad!

Y, sin embargo, hasta un sacerdote católico se persignaba al hablar de ello. Como si el propio diablo anduviese cerca de nosotros…

Sin darme apenas cuenta, reflexionando sobre todo eso, volví a conciliar el sueño. Me quedé profundamente dormido.

Esta vez, no me asaltó ninguna pesadilla.

Y cuando me desperté de nuevo, ya muy avanzada la madrugada, a punto de salir las primeras luces del alba allá afuera, no era un mal sueño el que me despertaba.

No. Esta vez era algo más tangible.

Había alguien en mi habitación.

Alguien que me contemplaba fijamente desde detrás de la mosquitera, con un cráneo humano, marfileño y horrible, entre sus manos oscuras y sarmentosas…

* * *

Creo que, de haber estado totalmente despierto cuando me enfrenté a la visión alucinante, hubiera gritado horriblemente, provocando el caos en todo el hotel.

Por el contrario, me hallaba aún dominado por el sopor, tardo de reflejos, con las ideas y las reacciones como acorchadas. Quizá por ello contemplé boquiabierto aquella visión insólita y estremecedora, aquel rostro oscuro, sudoroso y demoníaco, inclinado sobre mi lecho, más allá de la mosquitera, sosteniendo entre los largos dedos huesudos, color tabaco, el hueso desnudo de la calavera humana, con sus vacías negras cuencas, mirándome desde la Eternidad.

—Por favor, no —oí susurrar a una voz cadenciosa, profunda, grave—. No grite, señor. No vengo a hacerle daño…

Se expresaba en un inglés fuertemente pronunciado, sin duda por un hombre que hablaba español habitualmente. O acaso francés también. Me quedé indeciso, pero controlé mi impulso de gritar. Lo mismo que el de hundir mi mano en la almohada, extrayendo el revólver que conservaba previsoramente junto a mí.

En vez de ello, me quedé contemplando al fantástico desconocido de los atributos de ultratumba. Descubrí huesecillos

humanos, perforando sus orejas, a modo de pendientes. Sin embargo, no tenía aspecto de salvaje, ni hablaba como tal. Vestía una camisa oscura, sin abotonar, que permitía descubrir el brillo de su epidermis sudorosa en el torso.

El rostro era enjuto, con barbita rala, canosa. Los ojos grandes y oscuros, la boca abultada de los mestizos, la piel color café, los dientes muy blancos e iguales…

—¿Quién es usted? —pregunté con aspereza—. ¿Qué hace en mi habitación?

—Mi nombre es Bonnard. Doc Bonnard, como todos me llaman.

—¿Bonnard? —mascullé—. Eso suena a francés…

—Es francés. Mi padre lo era. Y mi madre, haitiana. Yo nací en Puerto Príncipe, pero llevo muchos años viviendo en Trinidad. Muchos, señor.

—Todo eso está muy bien, e incluso suena tranquilizador. Pero éste no es lugar ni momento para una charla en sociedad, señor Bonnard…

—No es una simple charla social. Tenía que advertirle. Por eso entré.

—¿Advertirme? ¿De qué? —Arrugué el ceño, profundamente intrigado.

—De lo que puede sucederle, si se queda en este lugar maldito.

—Empiezo a pensar que está realmente maldito —suspiré—. Apenas llevo aquí unas horas, y ya he visto tarántulas venenosas, calaveras humanas, rostros de difuntos en las ventanas… y ahora, a usted en mi alcoba. Todo eso no resulta de lo más adecuado para sentir afecto por estas islas…

—No debe lamentarse de mi visita, señor. Sé cuánto le ha sucedido. Y todo eso es obra de quienes le quieren bien.

—¿A mí? ¿Quererme? —Me encogí de hombros, a punto casi de reír, pese a las circunstancias que me estaban tocando vivir—. No me conoce nadie aquí. Dudo que me estimen…

—Sin embargo, así es. Intentan que se marche usted, que se asuste o recapacite.

—¿Con arañas venenosas, señor Bonnard? —dije, sarcástico.

—No, no. La tarántula introducida en su alcoba era venenosa, pero se le había extraído la ponzoña. Luana puede hacerlo.

—¡Luana! —suspiré, al borde de la demencia casi—. La difunta,

¿eh?

—Usted está burlándose —me miró tristemente, con sus ojos inquietantes, por encima de su desagradable atributo humano—. Pero ignora la verdad. Lo que es capaz de hacer el nativo de estas tierras… Luana está muerta hace años. Pero ella vive. Vive, como otros vivieron antes y seguirán viviendo… El vudú, señor Dern…

—¿Vudú? —repetí.

—La ciencia oscura de Haití y de estas islas. La Magia Negra que vino de África con nuestra sangre… El poder sobre vivos y muertos… El vudú que puede crear *zombies*…

—*Zombies*… —Oí esa palabra en Inglaterra, pero nunca había prestado atención—. ¿Qué es eso, Bonnard?

—Muertos vivos. Cadáveres que caminan… —dijo, irguiéndose, con los ojos cerrados—. Amos de la vida y de la muerte. Seres que obedecen el mandato de los brujos…

—Luana es un *zombie*… y usted un brujo, en tal caso.

—Señor Dern, no pregunte. Nunca pregunte demasiado y acepte lo que se hace en beneficio suyo. Márchese. Aléjese de Trinidad, antes de que sea demasiado tarde y siga la suerte de otro hombre que, como a usted le ocurrirá, se quedó aquí para siempre…

—¡Marlowe! —Me incorporé, con viveza ahora. Me quedé mirando al extraño ser fijamente—. El profesor Ashley Marlowe… Se refería a él, Doc. Hable. ¿Qué le sucedió, en realidad?

—Eso… sólo los demonios de Isla Matumba lo saben… —se echó atrás, con gesto fanático—. Pero el que va allí no vuelve. O cuando vuelve, es diferente. Es alguien que no es, realmente, quien debería de ser…

—Eso dijo Marlowe. Bonnard, usted sabe algo… ¡Dígame, por Dios, lo que sucede aquí!

—No he venido a hablar con usted de cosas que no creería ni aceptaría. Sólo a prevenirle. A pedirle que se aleje para siempre de este lugar maldito, antes de que sea demasiado tarde.

—Escuche, Doc. Ustedes parecen enfrentarse a la ciencia. No quieren a la profesora Jason, ¿verdad? Es lo de siempre. El oscurantismos de lo primitivo, contra una investigadora que lucha por hallar nuevos caminos científicos… ¿Es eso lo que ha venido a decirme?

—Nada tenemos contra la doctora Jason. Ella es dulce, hermosa

y tranquila. Ella no nos hace daño. Pero guárdese de él, señor Dern.

—¿De él? —Pestañeé—. ¿De quién?

—Del propio demonio de las tinieblas… Del espíritu del mal en Isla Matumba…

—¿Quién se supone que es tal espíritu maléfico?

—Le reconocerá enseguida… —sentenció Bonnard, encaminándose al balcón entreabierto—. Si se resiste a marchar, si no acepta los consejos de Doc Bonnard y los que le quieren bien, está condenado a morir en Isla Matumba. O a algo peor que la misma muerte, señor Dern… Y si se queda y va a esa isla… identificará enseguida al servidor de Satanás, en la persona de un hombre marcado por el mal…

—¿Pero, quién? ¿Cuál es su nombre?

—No hará falta mencionarlo. Usted sabrá que es él, cuando lo vea… Usted verá en su ojo todo un abismo maldito de sombras, de sangre y de muerte…

Y sin añadir más, Doc Bonnard, el misterioso hombre de la calavera, desapareció por el balcón medio abierto.

Salté del lecho, corrí al mismo, tirando a un lado la mosquitera. Ya no le vi. La oscuridad de la noche estaba rompiendo por oriente. Abajo, el empedrado callejero estaba seco de lluvia. Y vacío de gente.

No supe si el haitiano había utilizado aquel camino para evadirse, o se limitó a entrar por cualquier otro balcón asomado a la calle, saltando de uno a otro.

Regresé a la cama, preocupado. Me incliné. Un pequeño hueso humano reposaba sobre la alfombra. Posiblemente, una falange de una mano. No supe si Bonnard lo habría extraviado, perdiéndolo de una de sus orejas, o lo dejó caer allí intencionadamente.

Fuese como fuese, hice algo que, pocas horas antes, hubiese sido absurdo en mí; guardé el pequeño huesecillo humano en un bolsillo de mi levita, y me acosté nuevamente, aunque esta vez sí estaba seguro de que ya no podría volver a conciliar el sueño.

Estaba pensando en el pintoresco personaje llamado Doc Bonnard. En el vudú haitiano y en los *zombies* o muertos vivientes. Y en el hombre «cuyo ojo reflejaba todo un abismo de sombras, de sangre y de muerte»…

Me pregunté quién sería ese ridículo y grotesco personaje, citado

por Doc Bonnard. Y seguí preguntándomelo todo el día.

Incluso cuando la embarcación a vela me condujo desde Port of Spain hasta la cercana Isla Matumba que, como dijera Maya, era sólo un islote de escasas dimensiones, alzándose en el Caribe, a pocas millas de Trinidad, y a menos aún de Tobago.

Incluso cuando acudía a presencia de la profesora Jason, en el interior de la selvática isla.

Y allí tuve pronto la respuesta. Doc Bonnard había tenido razón.

—Bienvenido a mí isla, doctor Dern —me recibió, amistosa y risueña, la joven profesora Irish Jason, graduada en Biología por Cambridge, y con el profesorado de la misma especialidad en el Real Centro de Ciencias de Londres—. Le presento a mí mejor colaborador y amigo: mi esposo, Maxwell Jason…

Estreché la fuerte mano cordial de Maxwell Jason.

Y me quede contemplando, pensativo, su único ojo auténtico.

El otro era solamente un frío, inerte globo de vidrio, imitando un ojo humano.

Recordé las palabras de Doc: «… cuyo ojo reflejaba todo un abismo maldito de sombras, de sangre y de muerte…».

Sí. El único ojo de Maxwell Jason reflejaba todo eso.

Y algo peor, que no supe interpretar.

* * *

—¿Decepcionado?

—No, no, profesor. ¿Por qué había de estarlo?

—Bueno, esto no es precisamente un paraíso, a pesar de su lujuriosa selva, sus costas tropicales y todo lo demás —suspiró Irish Jason con un movimiento de cabeza—. Sólo se trata de un feo islote solitario, en una región llena de islas, de nativos supersticiosos, de leyendas extrañas y de ignorancia. Viniendo de Londres, esto es como sentirse náufrago, perdido en un mundo hostil e ingrato.

—Usted también vino de Londres, ¿no?

—Y sentí eso mismo. Igual que mi marido…

—¿Vinieron juntos de Inglaterra? —me interesé.

—Oh, no —sonrió ella—. Yo era soltera cuando vine a Trinidad. Me preocupaban los problemas biológicos de otras razas. Luego, fui

inclinándome a cuestiones más profundas de la Biología. Entonces llegó Max. Era solamente un zoólogo, un enamorado del estudio de los animales, especialmente las aves y los anfibios. No tenía a nadie que pudiera trabajar conmigo, y le convencí a él. Nos casamos… —inclinó la cabeza—. Por si quiere saberlo, entonces era dueño de sus dos ojos. Perdió uno en lucha contra un ave furiosa, que se lo vació de un picotazo… Algo terrible, doctor Dern.

—Sí, lo imagino —respiré hondo—. Me sorprendió su presencia aquí. Usted me dijo que trabajaba sola.

—Virtualmente, así es. Max no es un biólogo, aunque colabore conmigo cuanto puede. Sigue apasionándole su zoología. Necesitaba a alguien experto, realmente interesado en la investigación biológica.

—Y pensó en mí.

—Primero pensé en el profesor Marlowe —me recordó ella, mirándome con fijeza, abiertamente, y deteniéndose en el paseo que estábamos dando en torno a su residencia en el interior de Isla Matumba, rodeados de espesura exuberante por doquier—. Por desgracia, él no duró mucho. Encontramos su tarjeta entre sus pertenencias, y pensé en escribirle. Ya le conté eso por carta, ¿no?

—Sí, profesora. Ya me lo contó —la miré fijamente yo también—. Y me contó… lo de Marlowe.

—En efecto —sin saber por qué, ella miró en torno, como si temiera que alguien nos pudiese oír. El sol tropical, que brillaba ahora fuertemente sobre el Caribe, arrancaba destellos dorados a su suave melena rubia. Los ojos azules, limpios, parecían reflejar la luminosidad marítima que nos ocultaba ahora la espesura. Luego, bajó bastante el tono para añadir—: Será mejor que no hable de ello delante de Max. No le gusta el tema.

—Ya —no entendí el motivo, pero me abstuve de hacer preguntas—. Sin embargo, ahora que estamos solos, me gustaría saber algo más del profesor. Estudié con él y…

—Creo que esto no le gustó. Para ser un inglés, sentía una especie de rara claustrofobia en las islas. Claro que no es lo mismo Isla Matumba que Gran Bretaña —rió suavemente ella—. Lo cierto es que no trabajaba a gusto. Luego, empezó a hacerse más hosco y reservado. Me hizo ver que posiblemente cambiara de idea y renunciase a su trabajo, pero que me lo haría saber con tiempo

suficiente para que buscásemos un substituto. Yo le dije que podía marcharse cuando Jo deseara, si esto le agobiaba. No dijo nada, pero pocos días después desapareció de la isla. Y con él, una de nuestras embarcaciones a vela. Imaginamos que se había marchado, en alguna crisis, a Trinidad, y volvería; al no regresar, avisé a la policía, trasladándome yo misma a Puerto España. Ya era tarde. Acababan de hallarle agonizante, destrozado por un cepo para animales salvajes, y había muerto. Nunca entenderé por qué tuvo que desembarcar fuera de la ciudad, para llegar a ella sin ser visto.

—Sí, es extraña su muerte… —convine, pensativo. De repente, se me ocurrió una pregunta estúpida. Y lo malo es que la formulé—: ¿Se llevaban bien su esposo y el profesor Marlowe?

Ella alzó la cabeza. Me miró, pestañeando sorprendida.

—Claro —afirmó—. ¿Por qué preguntó eso, doctor Dern?

—Oh, por nada —mascullé—. Olvídelo, profesora. Sólo quería saber si pudo obligarle a esa ausencia algún problema de tipo personal con alguno de ustedes dos…

—En absoluto. Simpatizaba conmigo, y se trataba normalmente con Max —luego, ella puso un gesto irónico para añadir—: Además, no somos solamente dos los habitantes de Isla Matumba.

—¿No? —Enarqué las cejas.

—Tenemos también una persona que nos sirve. Sería imposible que Max y yo, con nuestro trabajo, lleváramos todo esto. Se trata de una mujer. Una mujer nativa, discreta y laboriosa. Aunque imagino que por fuerza ha de ser discreta, porque… porque es muda.

—¿Muda? —No sé por qué, aquello no acabó de gustarme. Y menos aún, la aclaración que me hizo la profesora Jason, un momento más tarde.

—Sí. No explica el motivo, pero por algún ancestral rito de estas latitudes… le cortaron la lengua, y no hace de ello mucho tiempo.

Evidentemente, Isla Matumba no sería un lugar demasiado agradable, si exceptuaba la tonificante presencia de la belleza serena, altiva y humana de la propia Irish Jason, una dulce inglesita rubia, dedicada a la ciencia.

Y creo que por ella me quedé, no dando marcha atrás y regresando primero a Puerto España, y luego a Londres.

Me quedé.

Y ahora sé qué tremendo error cometí con ello.

CAPÍTULO V

El laboratorio era muy completo. Y muy cuidado.

Todo el material que era posible hallar en los finales del siglo XIX en Londres o en París o Viena, lo poseían los Jason en su finca de Isla Matumba.

Habían cuidado extremadamente ese punto, y el gigantesco sótano del edificio colonial español en que habitaban, rodeados de jungla y de mar por todas partes, era íntimamente destinado a laboratorio y sala de experimentación.

Allí, los dos científicos dedicaban sus horas, sus días, sus semanas y quizá sus años, al estudio de los misterios de la vida animal y de la vida humana, de todos los secretos que encerraba en sí la existencia orgánica de los seres vivientes. Y yo iba a ser el tercer miembro del equipo que buscaba, en la soledad y aislamiento de una región tropical, el escenario más adecuado para concentrarse en su trabajo, acaso en busca del hallazgo genético o morfológico que pudiera un día dar fama mundial a sus investigadores.

Yo no podía evitar el pensar que allá, fuera de Isla Matumba, gentes nativas, personas de sangre mezclada, con predominio de oscuras razas llegadas del África remota, luchaban con fuerzas supersticiosas contra esa ciencia, y contra ese esfuerzo. Negras magias y ritos milenarios de ignorancia y oscurantismo, pretendían boicotear el esfuerzo de una mujer abnegada en su lucha por algo nuevo en el terreno científico.

El caso es que ellos admitían no tener nada contra Irish Jason… pero sí contra su esposo Maxwell. ¿Era su defecto físico la causa de todo ello? ¿Creían, en su superstición primaria, que un hombre con un solo ojo tenía que ser necesariamente perverso y maligno? Eso era ridículo, y aún me lo parecía más, rodeado de los instrumentos de trabajo del amplio laboratorio de la profesora, que también contaba con mecanismos eléctricos para sus experimentaciones,

aunque la electricidad todavía estaba en sus balbuceos, por entonces.

Aun con todo eso, recordé a Maxwell Jason… y no me gustó su rostro, ni su único ojo sano, junto al otro de vidrio.

Tal vez Doc Bonnard y los demás habían logrado influir en mí. Si su magia era capaz de mover a los muertos y hacer de ellos alucinantes seres llamados *zombies*, ¿por qué no podían ejercer influencia sobre mi mente y mis sentidos?

Quizá era sólo eso, porque Maxwell Jason no podía encerrar nada siniestro en sí. O al menos, eso pensaba yo. Aunque me estremecí, al oír su voz a mis espaldas:

—¿Satisfecho, doctor Dern?

Me volví. Asentí con la cabeza, contemplando la sonrisa afable en el rostro jovial de aquel hombre alto, rubio y enjuto, de facciones afiladas, nariz halconada y brillante ojo de vidrio en una de sus cuencas vacías.

—Por completo —dije—. Es un laboratorio magnífico. No los hay mucho más completos en la metrópoli.

—Hemos traído algunas cosas de Estados Unidos. Los yanquis también se esfuerzan en vivir científicamente al día. Ahí tiene usted a sus genios: Edison, Graham Bell… y otros muchos. Terminarán siendo alguien en el campo de la ciencia.

—Todos los pueblos jóvenes tienen siempre el más amplio porvenir. Ellos empiezan cuando nosotros empezamos a cansarnos —dije, con una sonrisa.

Me detuve ante un ingenio eléctrico, alimentado por unas pilas de energía. Era un aparato amplio y complejo, dotado de muchas conexiones y cables. Lo señalé, intrigado.

—¿Qué es, señor Jason? —indagué.

—Un nuevo medio de investigar la vida en todas sus manifestaciones —explicó, encogiéndose de hombros—. A Irish le encanta la electricidad, más como medio de investigación que como juguete o simple novedad puesta de moda. Dice que en ella está el futuro de la ciencia. Y posiblemente tenga razón. Pero todavía es pronto para asegurarlo.

—Sin duda —estudié el aparato, preguntándome para qué serviría exactamente, ya que la explicación del marido de la profesora no era muy amplia ni concreta. Pero seguí adelante,

terminando mi visita ante una puerta de hierro con remaches, herméticamente ajustada. La contemplé, pensativo. Y pregunté, como distraído—: ¿Es todo, señor Jason?

—Todo, sí —afirmó él secamente—. Esa puerta conduce a mí taller de taxidermia. No hay nada científico en él, salvo mi material de disecación de animales muertos. Soy un enamorado del arte de conservar con apariencia de vida a las aves y anfibios que capturo y se mueren… Pero eso no es cosa que afecte a usted o a mí esposa, según creo.

—Cierto —admití, dándome la vuelta—. Nunca me gustaron los animales disecados.

—¿Por qué no? —me contempló muy fijo.

—No sé… He pensado que tienen algo de maligno, con su inmovilidad, su… su… —iba a decir «su brillo en el ojo de vidrio», pero me contuve muy a tiempo y sacudí la cabeza, aunque creo que él captó mi idea—. Bueno, no me gustan, eso es todo.

—Yo respeto todos los gustos —suspiró Maxwell Jason, acompañándome a la salida del laboratorio—. Por eso me gusta que los demás respeten los míos…

No supe si era un simple comentario o una fría advertencia. Sólo supe que no me gustó nada su tono. Pero me tragué mi opinión en ese terreno. Y me limité a seguir caminando hacia la salida. Sin cruzar más palabras con Maxwell Jason. Sin comentar nada. Pero sabiendo que el ojo, el único ojo de él, aquel que, según el inquietante Doc Bonnard, reflejaba «todo el abismo de sombras, de sangre y de muerte…», estaba fijo en mí, de soslayo. Y no hubiera sabido decir con qué expresión concreta.

En el fondo, creo que no me atreví a comprobarlo. Por primera vez en mi vida, sentía algo parecido al miedo. Y ni siquiera sabía por qué.

Alcanzamos la puerta de salida, tan férrea y sólida como la que conducía al gabinete de taxidermia de Maxwell Jason. Abandonamos el laboratorio, cerrando la hoja de metal tras nosotros, con golpe sordo.

Una silueta difusa, a contraluz, se dibujó ante nosotros, en el largo corredor hacia los escalones húmedos, de acceso a la superficie, a la planta superior, que era la situada a nivel del suelo del islote.

Se detuvo frente a ambos. No formuló palabra alguna. No despegó los labios. Su rígida inmovilidad tenía algo de fantasmal. Como si no fuera de este mundo. Pero era sólida, muy sólida. Una mujer de color, alta y fuerte, musculosa y de piel color bronce intenso. De larga falda multicolor, sobre unas sandalias llanas y pálidas, en contraste con sus pies cobrizos.

—Ah, ¿eres tú? —dijo abruptamente Jason, casi con rudeza—. ¿Qué buscas aquí?

La mujer nativa no habló. Emitió un ronco sonido. Gutural, incoherente. Eso fue todo lo que brotó de sus labios, invisibles en la sombra del contraluz. Observé que Jason se impacientaba, y su rostro se contraía, lívido. En su sien izquierda, donde brillaba el vidrio inerme de su ojo artificial, palpitó una gruesa vena, abultada por la tensión.

—Sí, sí, está bien. Ve arriba. Tardaremos un poco en cenar. Vamos a tomar el aperitivo en la biblioteca, maldita mestiza. Eso es todo, ¡lárgate enseguida! —concluyó, agresivo y brutal.

Ella, en silencio, inclinó la cabeza. Llevaba algo, un pañuelo anudado sobre sus cabellos rizosos y oscuros. Un pañuelo intensamente rojo, de un vivo escarlata sedoso. Quizá por ello el tono de su epidermis era aún más fuerte en el contraste. Volvió a emitir aquel raro sonido ronco, escapando de sus labios abultados.

Se volvió ella. Y entonces le dio un reflejo de luz procedente de las vidrieras del corredor, largo y angosto, de muros y suelo polvoriento.

Entonces pude verle el rostro, de reflejo charolado. Los ojos húmedos, la expresión extraña de aquel óvalo oscuro y casi fantástico…

Supe que había visto antes a aquella mujer, a la sirvienta muda de los Jason, en la solitaria Isla Matumba.

Supe que era la mujer *zombie*.

Luana Lois, la mujer del rostro en la ventana lluviosa de Puerto España. La mujer que murió cinco años antes…

Era ella. Ella misma.

* * *

—Ella… ¿quién dijo usted qué es?

Sacudí la cabeza, apartando el tazón del consomé a medio tomar. Me costó trabajo enlazar unas cuantas palabras que tuvieran algún sentido:

—Una mujer que dicen fue enterrada hace cinco años. Una muerta-viva. Dicen que es una *zombie*… Luana Lois.

—¿Luana Lois? —Irish Jason, dejando sus cubiertos, me contempló con una fijeza casi inquietante—. No, no es ése el nombre de nuestra sirvienta, que yo sepa. Ella se llama Maluba.

—Maluba… Estoy seguro, sin embargo, de que es su rostro es el mismo que vi en una ventana, en el hotel de Puerto España —afirme, rotundo.

—¿En una ventana? —El tenedor escapó de manos de Maxwell Jason, mientras clavaba sus ojos atónitos en mí.

—Eso he dicho —asentí—. Alguien me dijo que era una mujer que había fallecido años atrás.

—Eso es absurdo —rechazó con énfasis su esposa, muy abiertos sus azules, limpios ojos profundos—. Usted es un científico. Como Max, como yo. No aceptará usted tales cosas…

—No, no puedo aceptarlas —admití—. Pero nunca olvidaré aquella cara. Y era la misma. Podría jurarlo, sin temor a equivocarme.

—Eso es muy arriesgado, créame —rió entre dientes Maxwell Jason—. Aquí, en los trópicos, todo el mundo se parece. Sobre todo, los nativos, que parecen siempre iguales entre sí. No esté muy seguro de la identidad de nadie, mientras se halle en estas tierras, doctor Dern.

—Aun así, yo insistiría en que…

—Por favor —musitó la voz apagada de Irish, al tiempo que su mano se apoyaba con fuerza en la mía, de modo inesperado—. No siga. Ella viene…

Era una advertencia muy oportuna. Entró Maluba en el comedor, portando una bandeja con el segundo plato. Yo la miré, y no pude evitar estremecerme. Era la mujer de la ventana, sin la menor duda. Posiblemente, todas las nativas fuesen iguales, pero era demasiada la semejanza ahora. Estaba convencido de que era ella. Nunca lo estuve tanto como ahora, en este momento. No podía haber dos rostros iguales. La fugaz visión en el hotel de Puerto

España, aquella noche lluviosa de los trópicos, era difícil que se borrase de mi mente. Y en ella, la faz de Luana Lois era la imagen más profundamente grabada en el recuerdo.

Aquella mujer silenciosa que nos estaba sirviendo la carne en salsa, era Luana Lois. O su perfecta contrafigura. Recordé lo que me dijeron en el hotel: «Luana Lois… Esa mujer murió y fue sepultada hace cinco años…».

Para ser así, estaba en muy buen estado. Fuerte, vigorosa, llena de aparente salud… Su piel color bronce oscuro, brillaba tersa, levemente sudorosa, pese a la buena temperatura de Isla Matumba, en el amplio comedor, barrido por una suave brisa húmeda.

Nos sirvió la cena con su mutismo habitual. No podía hacer otra cosa, con su boca cerrada, donde yo sabía que no existía el apéndice capaz de hacerle pronunciar palabra. La bárbara mutilación, acaso obra de los ritos supersticiosos de su tierra, la había dejado así falta de comunicación verbal con los demás. A pesar de ello, sus ojos me intrigaron.

Sus ojos…

Eran grandes, redondos, oscuros. Y expresivos. Muy expresivos.

Se clavaron en mí, cuando me sirvió el guisado. Yo la miré también a ella. Fue un breve, brevísimo instante. Un cruce de miradas como el centelleante choque de dos aceros.

No hubo duelo. No podía haberlo. Ella retiro sus ojos de los míos. No sé si por miedo, por reserva o por naturaleza de su carácter. No podía comprobar la causa. Me limité a bajar la mirada también, y contemplar mi guisado. Maxwell Jason echó vino en mi copa. Un vino rosado, delicioso, digno del mejor restaurante londinense.

Maluba —o Luana— abandonó la estancia. Los tres volvimos a quedarnos solos. Nos miramos mutuamente. Ellos parecían saber lo que yo imaginaba. O lo sospechaban. Yo estaba seguro de cuáles eran sus pensamientos. Ataqué mi plato. Y me limité a comentar, con cierta frialdad:

—Excelente. Una cocinera realmente excelente. ¿Ha sido… Maluba?

—No —negó suavemente Irish—. He sido yo.

La miré. Su mano ya no estaba sobre la mía, pero sí muy cerca, apoyada en la servilleta estampada con motivos clásicos, rematada

en tenues flecos. Más allá, Maxwell Jason había fijado, de repente, su único ojo en mí. El otro, el de vidrio, ni siquiera sabía yo dónde lo tenía fijo, pero supuse que importaba poco, porque no podía taladrarme con él.

—Es usted una maravilla en la cocina. Espero que si actúa igual en el laboratorio, llegue a ser la eminencia del siglo —dije, riendo.

—Ojalá fuese así —comentó ella, risueña—. Pero no creo que sea ése el caso, desgraciadamente. Es más fácil condimentar un plato que descubrir algo nuevo sobre la vida de los seres humanos… y de los propios animales.

—Esperemos que todo llegue a nivelarse —dije, tomando un sorbo de vino. Chasqué la lengua—. Todo es exquisito hoy. No sé cómo agradecerles…

—No agradezca nada —me respondió Maxwell Jason con rara frialdad—. Ha sido el justo homenaje a un nuevo amigo y colaborador. Y la bienvenida a nuestro tercer huésped en la isla. Somos tan pocos aquí…

—Sí, muy pocos —respondí con idéntica frialdad—. Pero creo que equivoca algo: no soy el tercero, sino el cuarto. Supongo que Maluba también cuenta, aunque sea sirvienta, entre los habitantes de Isla Matumba…

Jason me contempló con rara expresión, y no dijo nada, limitándose a continuar su cena. Yo tampoco hice acción de continuar la charla. Y la profesora Jason se limitó a seguir ausente, como si nada de todo aquello fuese con ella. Pero observó que su mano temblaba intensamente. Luego, pareció dominarse.

La cena transcurrió luego con triviales comentarios, sin volver a hablar de nada en especial. Cuando llegaron los postres, Maluba volvió a la sala. Nos puso una bandeja de frutos, en medio de la mesa.

Cuando nos servía los platos, e Irish anunciaba la llegada de un dulce especial, aproveché el momento. Antes de que Maluba retirase su fuerte y musculoso brazo oscuro, lo aferré con fuerza por la muñeca. La atraje hacia mí, ante la sorpresa de ella. Y también la de los Jason, mis anfitriones.

—Escucha, Maluba —dije bruscamente, encarándome a ella—, ¿eres tú Luana Lois?

Ella se quedó contemplándome con profundo estupor, con una

incredulidad rayana en el pasmo. Luego, negó vivamente varias veces, y trató de soltarse de mí. Capté sus balbuceos, los inarticulados sonidos que brotaban, crispados, de su boca, en una protesta incoherente y ronca.

Era una negativa, y lo supe. Pero eso no bastaba. No era suficiente. Le mantuve quieta, sujeta por mi mano aguardando su respuesta imposible. Pero a veces no hacen falta las palabras. Los ojos, la expresión de una mirada, pueden ser suficientes. Sólo que la sirvienta Maluba, pese a sus ojos y su gesto, era un enigma viviente.

—Maluba, estoy seguro —dije enfático—. Te vi por una ventana, en Puerto España, en el Caribbean Palace. Eras tú. Tú. No podía ser ninguna otra. Solamente tú. Sé identificar a una persona, por muy nativa de un lugar que sea. Identificaría a un chino entre cien chinos y a un negro entre cien negros, no te quepa duda. No me engañes, Maluba. ¿Cómo es posible que yo te viera en Trinidad… y todos dijeran que eras Luana Lois y estabas muerta desde hace cinco años?

Maluba brillaba ahora como el charol. Estaba bañada en sudor. Su negra piel era lustrosa y húmeda, bajo la luz de las lámparas de petróleo de la mansión en la jungla circular de Isla Matumba. Creí que sus redondos y enormes ojos iban a terminar colgando de sus órbitas.

Ella pudo manejar al fin su mano zurda. Hizo algo sobre el mantel. Tomó dos tenedores. Los puso juntos. Dos palillos de hueso tallado, y los juntó. Dos copas, y las puso una al lado de otra.

La mire, sin entender. Si hubiera entendido, hubiese sobrado lo demás. Pero no fue así, y ella se dio cuenta. Por ello tomó repentinamente un cuchillo. Creí que iba a hacer otro juego sobre el mantel, pero no fue así. Se cortó la vena del otro brazo.

La solté, con una imprecación. Dos gotas de sangre cayeron al mantel, una junta a otra. Se apartó vivamente, sujetándose el brazo herido, que chorreó en rojo sobre la alfombra. Maxwell se puso en pie, alterado, pálido, centelleante su único ojo sano. Su esposa se limitó a echarse atrás, incorporándose despacio, alarmada. Yo miré, como hipnotizado, las dos gotas de sangre, idénticas, sobre el mantel blanco, bordado. Entonces, por fin, entendí. Me llamé torpe a mí mismo.

—Hermanas… —musité—. Hermanas gemelas… ¿Era eso,

Maluba? ¿Tú y Luana Lois… erais hermanas gemelas?

Ella asintió, con un nuevo sonido inarticulado, llorosos sus ojos. Miró a Maxwell Jason, que avanzaba hacia ella, con vivo terror. Sí, estuve seguro de que era terror, y no ninguna otra emoción. Estuve convencido de ello, al incorporarme, fija la mirada en las gotas de sangre.

Gotas de sangre. Como dos gotas de agua. Pero de sangre. Gemelas. Fraternas. Sangre de las mismas venas. Hermanas. Ella y la difunta Luana… Acaso eso explicase razonablemente el fenómeno *zombie*. Todos creerían que era la misma. El parecido físico, la ausencia de voz…

—Maluba, esto es intolerable —la reprochó fríamente Maxwell Jason—. Sangre en los manteles, ante un invitado que…

—Déjela, se lo ruego —corté secamente—. No le reproche nada a ella. No tuvo la culpa. Yo la forcé a ello, la hice hablar sin palabras. Y entendí. No tenía otro medio de decirme que Luana Lois era su hermana gemela. Si alguien ha cometido hoy aquí una imperdonable incorrección con sus anfitriones, ése soy yo. En modo alguno Maluba, que se limitó a informarme a su modo… y que precisa, más que una regañina, asistencia médica adecuada…

—Dern tiene razón, Max —le reprochó con acritud su esposa, incorporándose con viveza, y yendo hacia la mulata—. Maluba no hizo nada reprochable. Discúlpala, querido.

—Está bien —vaciló él, indeciso—. Pero que no se repita nada semejante. O será despedida en el acto. No me gustan esta clase de espectáculos…

Fue Irish Jason quien, con exquisita femineidad, se llevó consigo a Maluba, para atenderla de su herida, que sangraba abundantemente sobre el suelo de cáñamo trenzado.

Al ausentarse ambas, nos quedamos solos los dos. Nos contemplamos en silencio. Hubo un momento tenso, de pausa casi violenta, hasta que volvimos a sentarnos ante nuestros platos, pero imaginé que su apetito se había diluido tanto como el mío.

—Insisto en lo que dije untes, señor Jason —dije, tratando de ser cortés, aunque no humilde—. No debe culparla a ella. Creo que la forcé a una respuesta difícil…

—Insistió usted tanto en eso de la mujer en la ventana…

—No me faltaba razón. Ya le dije que soy buen fisonomista.

—Oh, cierto —aceptó él, conciso—. Se ha probado que es ése el rostro que vio en la ventana. Los gemelos acostumbran a ser idénticos entre sí. Por ese lado, le felicito. No me disgusta lo ocurrido. Sólo que la sangre humana me molesta. Sobre todo, si se derrama estérilmente, por un motivo estúpido, señor Dern…

—Sí. Derramar sangre humana es siempre mala cosa —acepté, pensativo—. Pero, sobre todo, hacerlo sin sentido… es mil veces peor…

No alcé de nuevo la mirada. No quise hacerlo. Pero estuve convencido de que el único ojo de Maxwell Jason me contemplaba con su frialdad inmutable habitual.

Y hubiera querido saber lo que pasaba por su mente…

* * *

Era mi primera noche en Isla Matumba.

Mi primera noche en la residencia apacible, callada y tranquila de los Jason, en medio de un cerco de jungla, de silencios, de apacible serenidad tropical, en un islote del Caribe, entre Trinidad y Tobago, nuestras colonias próximas a la costa venezolana.

El incidente de la cena había sido casi olvidado. Al menos, por mí. Me pregunté si sucedería lo mismo respecto a los Jason. Maluba era gemela de Luana Lois, la *zombie* de las supersticiones arcaicas de los habitantes de Puerto España. ¿Por qué no podía ser ella misma la muerta-viva? Ésa era una explicación infinitamente más plausible que la otra, al menos, tenía su fundamento real, su lógica fría y razonable.

Pero muertos que andan…

Nunca podría creer semejantes supercherías. Y ahora tenía en mi mano, pese al disgusto natural de los Jason por tan ingrato incidente, una explicación plausible que lo aclaraba todo.

Una explicación que, en esos momentos, en el silencio confortable y fresco de mi dormitorio a prueba de insectos, empezaba a parecerme ridículamente pequeña y torpe. Como si el ambiente y el clima del Trópico de Cáncer comenzasen a hacer efecto en mi cerebro… y yo pensara que era posible cualquier otra versión de los hechos. Una versión imposible, en suma. La versión

que admitía la existencia de *zombies*…

De repente, en la noche, percibí un lejano aullido.

La primera vez no le hice demasiado caso. Un aullido de animal, cuando se tiene la jungla cerca, no resulta nunca extraño. Pero cuando insistió, logró despertar mi curiosidad.

Me incorporé en el lecho, sorprendido. Nadie me había hablado en Isla Matumba de la presencia de perros domésticos, más o menos fieros, en el recinto insular. Y menos aún, de mastines.

Aquel animal, a juzgar por su aullido, era un mastín. Podía identificar a un *hound* en cualquier lugar del mundo. Incluso en la extraña Isla Matumba. Y un *hound*, en mi país, no era fácil de confundir.

El perro seguía aullando lejos, lastimosamente. Casi eran sonidos humanos los de su desgarradora voz perruna. Me puse en pie. Abrí el balcón. Había esta noche, por contraste con la anterior, una luna creciente que ya era visible, sin nubes, sobre el cielo estrellado del Caribe.

Busqué el origen de los aullidos.

Y, sin embargo, vi primero al hombre.

El hombre…

Era él. Maxwell Jason. Rifle en mano.

Iba hacia la selva. Le contemplé, pensativo. Y bastante sorprendido.

Se encaminaba hacia la zona más frondosa de la jungla que, como un cinturón de verdor, envolvía al edificio, a menos de cien yardas de sus muros. La claridad lunar reveló su rostro determinado, sus mandíbulas apretadas, la rigidez de su cuerpo en movimiento, y el dedo apoyado en el gatillo, a punto de entrar en acción contra quien fuese.

Los aullidos continuaban, prolongados y ululantes, con una peculiar nota de angustia y de tristeza patética. Aquel perro debía de estar sufriendo de un modo considerable, por la razón que fuese. Me pregunté si habría también trampas mortíferas en aquella selva, como las había en Trinidad, donde cayó, víctima de una de ellas, el infortunado profesor Marlowe.

Pero continuaba siendo un auténtico misterio la existencia de un perro doméstico fuera de la zona donde residían los únicos habitantes del islote.

Esperé, asomado a la ventana durante un cierto espacio de tiempo. Jason había desaparecido en la espesura, y los aullidos se repetían, aunque más espaciados.

Luego, súbitamente, retumbó la detonación de un rifle.

Y el aullido del mastín, trémulo y agónico, se quebró. El silencio reinó en la noche. La isla pareció repentinamente desierta, tal fue la calma que se produjo.

Eso duró un instante. Luego, de la selva llegaron ruidos, sonidos guturales, chirridos de aves… Por alguna razón, los animales selváticos se habían agitado, al sonar el disparo de rifle. Pero eso duró poco. Más lentamente, de un modo gradual, se restableció el silencio en la noche tropical.

Maxwell Jason regresó poco después, rifle al hombro. Me eche atrás, ocultándome en la sombra de mi habitación, de un modo instintivo. Fue una buena idea. El único ojo del marido de la profesora, se alzó, fijándose, acaso maligno, como dijera Doc Bonnard, en la ventana de mi cuarto. No me descubrió allí, y continuó andando bajo la luna, hasta desaparecer. Oí una puerta cerrándose. Durante todo el tiempo, Irish Jason no dio señales de vida. Posiblemente, ni siquiera se había enterado de lo que sucedía.

Me quedé quieto, contemplando la selva. Me hubiera gustado saber lo sucedido. Traté de grabar mentalmente el punto por el que Jason se ausentara con el arma. Toda la selva parecía igual, pero me fijé en dos palmeras casi juntas, algo arqueadas, y grabé el punto en mi memoria. Al día siguiente iba a tratar de encontrar al perro muerto de un balazo…

Pero todo aquel día hubo mucho trabajo en el laboratorio. Me ocupé en clasificar una serie de elementos, piezas en estudio, anotaciones y experiencias, y la jornada transcurrió rápidamente, sin que dispusiera de más tiempo del que hubo para las comidas, y para tomar un par de tazas de café, en breves minutos de descanso.

Irish Jason y yo estuvimos trabajando juntos, sin que apareciese apenas su esposo por el laboratorio. Tampoco estuvo en su taller de taxidermia, cuya puerta continuaba herméticamente cerrada.

Llegó la noche, sin que hubiese podido ausentarme. Pero cuando nos despedimos para descansar, dije que me quedaría un rato en el porche, dando un paseo para relajarme, antes de ir a descansar. Los Jason me dejaron, con una cortés despedida.

Yo me quede fumando mi pipa, y dando paseos en torno a la casa.

Pero mis ojos estaban fijos en aquel punto de la jungla. Y apenas observé que las luces de sus habitaciones se apagaban, y la quietud más absoluta reinaba en el lugar, apagué la pipa y emprendí la marcha hacia las dos palmeras curvadas.

Me interné en la selva. La luna se nublaba bruscamente, a veces.

CAPÍTULO VI

Era una jungla densa e inquietante. Tan frondosa, que a veces la luz no lograba penetrar a través de sus arbustos, ni siquiera cuando la luna creciente se quedaba limpiamente despejada en un cielo libre de nubes. Sobre mi cabeza, una tupida red de vegetación formaba casi un techo natural, oscuro y crujiente, en el que criaturas en movimiento producían leves susurros y roces sutiles.

Era como sumergirse en un mundo palpitante, vivo, dotado de invisibles tentáculos capaces de enroscarse en torno de uno, en cualquier momento. Yo desconocía el terreno que pisaba, y ni siquiera iba armado, como Jason la noche anterior. Si me perdía en aquella selva, posiblemente llegase el nuevo día sin haber logrado orientarme en el verde laberinto exuberante. La idea no me gustó. Pero seguí adelante, escudriñando el suelo, donde de vez en cuando se descubrían huellas de pisadas, ya que la tierra continuaba blanda, húmeda tras las torrenciales lluvias de días atrás.

De repente, lo encontré. A un lado del sendero, sobre hojarasca y arbustos. Medio devorado por algún animal salvaje.

No me equivoqué. Era un mastín grande, negro. Un hermoso ejemplar. Lo contemplé. Tenía el balazo justamente sobre los dos ojos. Le había volado el cráneo. Contemplé el cuerpo sin vida del animal. Era un claro en la zona selvática, y la luna iluminó con nitidez la escena.

Llevaba un collar de piel con remaches metálicos. Y una inicial, grabada en metal e incrustada en la piel. Una letra: M.

Era inexplicable deshacerse de un animal así, a menos que estuviera rabioso. Tampoco resultaba muy razonable que viviera oculto en la selva, en vez de deambular en torno a la casa y por el interior del edificio. Conocía a esa clase de animales. Son tan fieles con sus dueños, como fieros con los extraños.

Me fijé súbitamente en su cabeza. Me incliné, tocando la lustrosa

piel del mastín, cerca de sus orejas. Era extraño, pero tenía cicatrices.

En torno a la cabeza, todo eran cicatrices, como si hubiera sufrido profundas heridas y se las hubiesen curado. Podía palpar con la punta de mis dedos las costuras continuadas.

Me incorporé, pensativo. Ya estaba descubierto todo cuanto podía descubrir. Y no entendía nada. Maxwell Jason había matado a un perro que quizá era suyo, a juzgar por la inicial, la letra M, sobre su collar de piel. Un animal valioso y fiel. No tenía sentido.

Eché a andar, alejándome de nuevo de allí. Era cruel y estúpido matar a un mastín propio de un tiro, si el animal no ha enloquecido o cosa parecida. Recordé sus aullidos. Parecían reflejar más dolor y angustia que demencia o rabia. Y, sin embargo, las heridas de su cabeza…

Me paré de repente en seco. La letra M de su collar…

¿Era la inicial de Maxwell Jason? No se acostumbra a utilizar la inicial del nombre, sino del apellido.

M… ¡Marlowe! ¡Ashley Marlowe!, si era un apasionado de los perros. Casi siempre tuvo uno propio…

Me sentí inquieto, preocupado, sin conocer la razón. ¿Por qué Jason tendría que matar al perro de Marlowe, si era él? ¿Porque le molestaban sus aullidos? ¿Se quedó el mastín en la selva, tras perder a su amo definitivamente?

Sería mejor que no le diese tantas vueltas a aquello. Estaba haciendo un mundo, de un suceso sin importancia. Quizá Jason amase a pájaros y anfibios, pero no a los perros. Y decidió acabar con unos aullidos que le irritaban, utilizando un procedimiento brutal. Había gente así.

Creo que hubiera seguido adelante, de no ser por aquel jadeo.

Sonó cerca de mí, inquietante y apagado. Como un susurro en la jungla. Como el roce de hojarasca o el deslizar de un reptil. Pero no era ninguna de esas cosas. Me produjo el efecto de un jadeo humano.

Inquieto, me paré en seco. Miré en derredor. Me sentí observado, vigilado por unos ojos invisibles, perdidos en la espesura. La luna se ocultó de repente tras un nubarrón oscuro.

Contuve el aliento. No me moví. El jadeo se repitió, entre el leve crujido de los ramajes, a mí derecha. Algo agitó las hojas…

Estuve seguro de que alguien venía hacia mí. Sigiloso, cauto, presto a saltarme encima como un felino. Y no era un felino. Yo sabía que no lo era. Pero tenía mis dudas también, sobre si sería un ser humano.

Lamenté no llevar una luz, un arma, cualquier cosa para defenderme. Había sido un estúpido aventurándome en la misteriosa jungla, inerme ante cualquier peligro. Pero ya era tarde para rectificar.

De repente, vi aquellos ojos.

Estaban fijos en mí. Desde la oscuridad, entre los árboles. Era una mirada extraña y fría. Tenía algo inhumano, que no pude entender. Y, sin embargo, era un ser humano. Me acechaba como un animal, como una fiera acorralada.

Me moví, tratando de alejarme del misterioso personaje oculto en la espesura. Di solamente dos pasos atrás.

Inmediatamente, el hombre se abalanzó sobre mí.

Porque era un hombre. Un hombre barbudo, desnudo como un simio, pelirrojo y pequeño.

Pero no se precipitó sobre mí como lo haría cualquier hombre. Lo hizo con extraña rapidez, pese a que se apoyaba sobre sus pies y manos. No me recordó, sin embargo, a un simio, sino… a una araña.

Sí. Sus piernas y brazos se flexionaban de un modo raro, arqueados, alzados en una contracción, que recordaba las numerosas patas velludas de un artrópodo gigantesco, como la tarántula que aquella noche me atacó en Puerto España…

Cayó sobre mí, derribándome. Le miré el rostro de cerca. Su mirada amarillenta y vidriosa no me reveló nada humano. Su boca babeante, sobre mi rostro, me ensució de modo nauseabundo, mientras su jadeo se repetía, y algo viscoso goteaba sobre mí, desde sus labios convulsos, húmedos, repulsivos. Y sus manos y pies desnudos…

Dios mío, aquellos dedos parecían todos ellos vibrátiles, extrañamente ágiles y capaces de actuar independientemente entre sí… Le sentí enroscándose en torno mío, aferrándome como las arañas aferran a la mosca caída en su red.

Asombrado, descubrí que aquellas babas suyas eran viscosas, y se adherían a mí como un humor gomoso, repugnante… Agité mis

dedos… y parecieron llenarse mis manos de finos hilos sedosos, que me inmovilizaban.

Muy de cerca, con su jadeo babeante sobre mí, su mirada amarillenta y maligna clavada en mi rostro, con una extraña voracidad, como si me hallase ante un monstruoso caníbal, me reducía a la inmovilidad, pese a mí fuerza física nada desdeñable, y parecía a punto de morder, de triturar, de destruir. Y siempre a cuatro manos, siempre con aquella horrible apariencia de colosal arácnido humano.

Vi su frente arrugada por el esfuerzo, su gesto perverso y animal. Y vi las costuras. Como el perro muerto, tenía la frente totalmente cruzada por un surco de costuras, por una cicatriz circular, que parecía circundar todo su cráneo peludo, rojizo…

Luché en vano. Su fuerza sobrehumana me reducía, me aniquilaba. Traté de razonar con aquel ser:

—No, no me haga daño… Soy su amigo… Trato de ayudarle solamente… Escuche…

Supe que no me escuchaba. Ni me entendía. Un júbilo feroz e inhumano asomaba a sus ojos clavados en mí. Su jadeo se hizo triunfal. Y se aproximó a mí, triturándome entre sus brazos y piernas arqueadas, como si fuese a devorarme. Y no dudé que lo haría…

Creo que cerré los ojos mientras forcejeaba en vano. Resignado a morir. Seguro de que no había otro desenlace posible…

* * *

El disparo retumbó en el claro selvático.

Sobre mi cabeza, una especie de aullido áspero, incapaz de emitirlo una garganta humana, pareció terminar en un estertor. Lo que me goteó ahora, era frío y viscoso. Miré, aterrado.

El cuerpo humano de mi enemigo se echaba atrás, encogido. No se estiraba rígido, como cualquiera de nosotros. Por el contrario, con su cráneo reventado de un balazo, se encogía, arrugaba brazos y piernas, y rodaba por el suelo, hecho un ovillo monstruoso. Tal como mueren, las arañas…

Me incorporé, con una imprecación. Me toqué la cara, asqueado,

donde la sangre del herido me golpeara tras el disparo. Al contemplar mis dedos, vi un líquido rosado, pálido, totalmente helado.

Aquel hombre tenía la sangre fría, de extraña coloración. No como todos nosotros, roja y caliente…

Contemplé su cuerpo encogido, sus brazos y piernas, enroscados entre sí, como los de un acróbata sorprendido por la muerte en plena contorsión. Luego, miré a mí salvador largamente.

—Gracias… profesora Jason —musité.

Ella me miraba fijamente, desde detrás de su revólver humeante. Luego, se estremeció al contemplar al caído. Cerró los ojos.

—Cielos, tuve que matarle… —habló—. O hubiera sido usted la víctima, Dern…

—Llegó muy oportunamente, profesora —murmuré con voz ronca—. Pero ese hombre… ¿quién era? ¿Qué hacía aquí, desnudo, casi salvaje?

—Maxwell me dijo varias veces que había vislumbrado a un hombre en la selva, pero que siempre huía —comentó ella con voz ahogada—. Pero nunca le creí del todo…

—¿Cómo supo que yo estaba en peligro, profesora?

—No lo supe. Sencillamente, recordé que tenía que abandonar la isla mañana, a primera hora, y no volvería hasta mediodía. Entonces bajé a buscarle, para advertírselo y que usted trabajase solo hasta mi regreso. Al no encontrarle, vine en su busca. Sus huellas eran claras. No debió arriesgarse, y menos, sin armas. Yo siempre voy armada cuando me interno en la selva. Aquí, nunca se sabe lo que uno puede encontrarse…

—Tiene toda la razón —dije con voz grave. Señalé al caído—. Es… es un ser increíble. No actuaba como un humano. Me atacó igual que hacen las arañas. Y ha muerto del mismo modo. Además… vea su sangre. Es fría.

—Dios mío, no es posible —rechazó ella, con gesto asustado—. Nadie tiene la sangre fría, salvo determinados insectos y reptiles…

—Ese hombre la tenía. Y su saliva… Vea, es como goma. Igual que el humor que despide la araña para tejer su tela…

—Todo eso no tiene sentido. Dern. Usted es un biólogo, como yo, y sabe que…

—Y sé que esto no tiene explicación. Pero ha sucedido, profesora

—caminé hasta el caído. Me incliné, contemplando su cabeza con las costuras. Arriba, quedaba poco más. La bala le había levantado brutalmente la tapa del cráneo.

Y entonces descubrí lo más horripilante e increíble. Me volví a Irish, que se aproximaba.

—Oh, profesora… —susurré—. Mire eso… No es posible tal horror…

—¿Qué sucede, Dern? —Se intrigó, mirándome alarmada.

—En el cráneo… En el cráneo de ese desdichado… ¡No hay un cerebro normal! Es… es un cerebro pequeño, de extraña estructura… Parece… parece el cerebro de una tarántula…

Y contemplé, despavorido, trémulo, aquella diminuta masa encefálica perdida dentro de la bóveda craneal del hombre muerto, con huellas de haber sido injertada allí quirúrgicamente…

Irish Jason estaba muy pálida, con los ojos agrandados. Quise decirle algo, y supe que algo ocurría a mí espalda, porque ella de repente gritó agudamente, y alzó su mano con energía.

—¡No, no! —sollozó—. ¡Eso no, no lo hagas…!

No sé qué pretendió evitar. Yo traté de revolverme, y no pude. Algo se abatió con fuerza terrible sobre mí. Me golpeó brutalmente la nuca.

Fue un golpe demoledor. Caí de bruces, sintiendo que todo estallaba dentro de mí, y una luz cegadora daba paso a una profunda y total oscuridad.

SEGUNDA PARTE

HISTORIA DE UN CEREBRO

CAPÍTULO PRIMERO

—¿Se siente bien, Dern?

Era ella. Era su voz. Supe que era Irish antes de verla, incluso.

Estaba allí, junto al lecho. La contemplé. Pálida y delicada, intensamente femenina y dulce. Inclinada sobre mí. Era la más agradable visión que podía tener.

—Usted… —murmuré, parpadeando, molesto por la luz—. Profesora Jason…

—Puede llamarme Irish —le oí decir suavemente—. Después de todo… somos compañeros de trabajo. Verdaderos camaradas, Douglas.

—Sí, es cierto… —recordé algo, de repente. Me incorporé—. ¡Irish, aquel hombre…!

—Cálmese —me contuvo con sus dos manos, delicadas y pálidas, haciéndome volver a mí posición de descanso en el lecho. Todo ello muy dulcemente. Con toda ternura—. Tiene fiebre, ¿no lo ha notado? Mucha fiebre…

Era cierto. Ahora sentía arder mi piel. No lo había observado antes de ahora, preocupado con las demás cosas. Pero mi frente transpiraba, y mis manos abrasaban. Tenía los ojos cargados, y me dolían las sienes.

—Me… me golpearon —recordé—. ¿Quién lo hizo?

—Fue Max —me informó ella de mala gana—. Max creyó que usted sufría alguna crisis, y yo peligraba en la jungla, a su lado. No sé por qué lo hizo. Se ha disculpado repetidas veces, y me dijo que hablaría con usted para pedirle perdón por todo. Pero lo cierto es que se ha ausentado, y no sé dónde está ahora.

Miré a Irish Jason. Me aventuré a hacerle una pregunta escueta:

—Irish, ¿sabía usted que la noche anterior su esposo mató a un mastín negro?

—¿Max? ¿A un mastín? ¡Si no hay mastines en la isla! —Se

asombró ella.

—Lo había. Uno negro, con un collar donde se había incrustado la letra M en metal…

—¡Marlowe! —Se llevó una mano trémula a la boca—. El profesor tenía uno… Siempre pensé que se lo llevó consigo…

—Pues no fue así. Se quedó en el islote. Aullaba la otra noche.

—A veces oía aullidos —se estremeció la joven biólogo—. Pero los atribuí a otros animales. ¿Cómo sabe que Max lo mató?

—Vi el cadáver. Y presencié la marcha de su esposo hacia la jungla, rifle en mano.

—Pero… pero Max no me ha contado nada de eso…

—Parece ser que Max no le cuenta muchas cosas, Irish —hablé con frialdad—. Por ejemplo, ese hombre de la selva… Vivía como un salvaje. Desnudo, emitiendo sonidos inarticulados… Y, además, obraba como una araña. Y tenía el cerebro de una araña, ¿recuerda? Supongo que habrá traído ese cuerpo aquí… Es preciso estudiarlo, saber qué ha sucedido, quién le quitó su cerebro y le puso en su lugar el de un gigantesco arácnido…

—Dios mío, Douglas, ¿usted cree tal cosa? —Se horrorizó ella.

—No hay otra explicación. Biológicamente, era ya una mezcla de hombre y araña. Su físico era el de un hombre, pero su mente la de un arácnido. Iba evolucionando conforme a esto último, por sus impulsos cerebrales. ¿Se da cuenta, Irish? Es un experimento. Pero un experimento horrible… Irish, ¿usted sabe algo de cirugía?

—No mucho. Sólo simples nociones…

—¿Y Max?

—Bueno, él es zoólogo, pero practica la taxidermia. Utiliza bien el bisturí. Al menos, con los animales. ¿Por qué lo pregunta?

—Porque se me ha ocurrido la espantosa idea de que pudiera ser él quien…

—¿Max? —El honor asomó a los ojos dilatados de la joven profesora—. ¡Dios mío, no! El no sería capaz de semejante aberración…

—¿Está segura? —dudé—. Para él sería muy simple manipular con animales… y seres humanos, allá en su taller de taxidermia.

—Pero… ¡pero yo lo hubiese descubierto, Dern!

—Eso es lo que me intriga. Tiene que hacerlo de un modo peculiar, que impida los riesgos. No hay otra explicación,

desgraciadamente. Irish, aquí solamente estamos nosotros y Maluba. El perro de Marlowe ofrecía señales en su cabeza. También costuras, como si hubiera sido operado. Tal vez… tal vez, su cerebro esté dentro de algún ser humano, ahora. O quizá… —la idea me provocó un repentino escalofrío de pavor, y cerré los ojos —. Cielos, no, no quiero pensar eso…

—¿Qué le ocurre, Dern? ¿Qué se le ha venido a la mente? Por el amor de Dios, expóngame todo lo que piense, por horrible que sea. Es mejor eso que la incertidumbre…

—Irish, pudo ser… pudo ser que el desdichado Ashley Marlowe y su hermoso mastín… sufriesen un intercambio de cerebros. ¿Me comprende? El profesor que escapó de aquí y cayó en un cepo para animales… llevaba el cerebro de su mastín… Y el perro muerto anoche… era el cerebro de Marlowe dentro de un físico perruno…

—Cielos, Dern, eso… ¡eso es espantoso! —jadeó ella, cubriéndose el rostro con ambas manos—. No puedo admitirlo, mi razón lo rechaza…

—Irish, recuerde que Marlowe murió aullando extrañamente… y sólo pudo articular con dificultad unas pocas palabras: «No soy Marlowe…». La inteligencia de un perro podría manipular hasta ese punto las cuerdas vocales de un cuerpo humano. Pero sólo limitadamente. Los aullidos lastimeros del mastín, en la isla, eran la queja de Marlowe, obligado a vivir mentalmente dentro de su propio perro…

—Pero, Dern, usted es un biólogo. ¿Se da cuenta de que nadie, hasta ahora, logró una cosa semejante, como es trasplantar cerebros de animales a seres humanos… y viceversa?

—Hasta ahora, Irish. La ciencia progresa. Tal vez, alguien ha dado con el procedimiento perfecto para extirpar y trasplantar un cerebro. Tal vez haya sido… Maxwell Jason.

—Nunca demostró poseer tales conocimientos, Dern. Cirugía, biología… Es demasiado.

—Sólo quedan usted y Maluba. Y yo, ahora —hice un gesto elocuente—. Tendrá que admitirlo, Irish. Se ha casado usted con un monstruo, que hace de la ciencia un verdadero horror, una experimentación brutal y despiadada con seres humanos llenos de vida…

—Tal vez haya otra explicación, Dern. Si al menos tuviésemos la

evidencia, si encontrásemos una sola prueba…

—Irish, habrá que armarse de valor. Recuerde: su taller… donde él diseca animales. ¿Ha entrado usted allí alguna vez?

—No, nunca —confesó, de pronto, la joven profesora, sorprendida. Me miró, entre esperanzada y temerosa—. ¿Cree usted que allí…?

—Tal vez un examen de ese recinto… —aventuré—. Irish, ¿tiene duplicado de su llave?

—No. Y la que él posee, la lleva siempre consigo. Será difícil obtenerla, sin que él advierta su ausencia…

—Irish, por la noche, mientras duerme… Es la única solución. Tal vez administrándole un sedante en el café… descanse sin llegar a sorprendernos. Ni se entere de nada.

—¿Estaría dispuesto a ayudarme en eso, Dern? —Se sintió ella esperanzada.

—Sí, amiga mía —afirmé, decidido—. Estaría dispuesto a ello. ¿Podrá usted cumplir su parte?

—Lo intentaré. ¿La próxima noche?

—La próxima noche —acepté, con un suspiro.

Y la fiebre me hizo hundirme en un profundo sopor.

Tuve un feo sueño. Me atacaba una peluda araña gigante. Y poseía el cerebro del hombre pelirrojo muerto en la selva…

* * *

La fiebre había cedido bastante.

El día era nuboso y cálido. El aire olía a humedad y a bochorno. Irish me había administrado unas tabletas antipiréticas, y mi temperatura ahora era casi normal. Pero me sentía débil y aturdido.

Maluba me sirvió por la mañana un caldo y un par de huevos pasados por agua. Fue toda mi comida. Maxwell Jason no subió a verme. Irish sí lo hizo brevemente, y disculpó a su esposo, diciendo que tenía mucho trabajo, y que parecía cohibido de tener que presentarme sus disculpas por el golpe asestado.

Me hizo ella un gesto expresivo de complicidad, y supe que todo marchaba bien. Íbamos a intentar ahondar en el misterio de los cerebros intercambiados. Aquella monstruosa experiencia debía ser

interrumpida, antes de que llegase demasiado lejos. Resultaba horripilante imaginarse a unos animales con cerebro humano, y a unos humanos con cerebro animal…

Cada vez que recordaba al hombre-araña de la selva, un escalofrío sacudía mi cuerpo. Y un inexplicable terror a lo ignorado, a lo que estaba fuera de mi control, me asaltaba inevitablemente.

Cuando empezó a oscurecer, una excitación especial recorrió mi cuerpo. El momento de la aventura se aproximaba. Tal vez, Irish tuviese razón, y otras personas hubiesen llevado a cabo el atroz experimento, dejando a aquellas criaturas sueltas por Isla Matumba, como una siniestra, monstruosa fauna de carácter alucinante. Pero mis sospechas sobre Maxwell se mantenían firmes. Lo extraño era que su esposa no hubiera llegado nunca a descubrir algún indicio, algo revelador. No era fácil apoderarse de seres humanos, reducirlos, y someterles luego a aquella neurocirugía demencial, sustituyendo su masa encefálica por la de cualquier animal, para dar luego suelta a aquel engendro de tan diabólica ciencia.

Irish era una mujer de carrera, inteligente y sagaz, dedicada a estudios científicos. El procedimiento que su esposo pudiera haber desarrollado para ejercer su terrorífico trabajo, sin despertar sus sospechas ni revelar la naturaleza de sus experiencias, me tenía profundamente intrigado. No sabía que aquella noche misma iba a tener la respuesta a muchas de las preguntas que me formulaba.

Maluba regresó con mi cena, también ligera y frugal, compuesta de nuevo por un caldo y carne de ave cocida con verdura. Eso, y una infusión, completaron mi alimento del día.

Maluba, con su boca hermética de siempre, llegó para retirar el servicio. Se inclinó hacia mí. Yo la contemplé.

Ella me miró, muy fija. Creí ver de nuevo el rostro en la ventana.

Y entonces advertí que ella ponía sus oscuros dedos en los míos… y dejaba algo entre ellos. Un pequeño papel, doblado minuciosamente. Lo sentí en mi mano, y lo apreté, sin dejar de mirarla. Ella pestañeó, en señal de inteligencia.

—Maluba —musité—. ¿Quién te cortó la lengua?

Un centelleo de terror asomó a su mirada. Se echó atrás. Movió la cabeza con viveza, en sentido negativo.

Y salió apresuradamente de mi cuarto, sin intentar explicarme

nada.

Cuando estuve solo, disimuladamente, desplegué el papel que la negra dejara en mi mano. Era un trozo diminuto, arrancado de alguna hoja. Torpemente garrapateadas, había unas letras. Lo leí con dificultad:

> Escape. La Muerte está en la isla. ¡Huya pronto!

No sonreí siquiera por la ingenuidad de su redacción y lo tosco de su trazado. Entre otras cosas, porque estaba convencido de que eso era cierto. Maluba, como la gente de su raza, como casi todos los nativos de aquellas islas, intuían y presentía las cosas. Notaban la proximidad del Mal. Luego, supersticiosos temores sellaban sus labios, cuando no una mutilación cruel como la de aquella infortunada sirvienta.

La Muerte estaba en la isla. Empezaba a creer que sí. Pero no iba a escapar. No, aún. Irish Jason y yo teníamos que saber qué rostro tenía la Muerte, tras la máscara de su descarnada faz.

Ahora pienso que debí seguir el consejo de Maluba. Debí escapar de Isla Matumba.

Pero no lo hice. Y eso no tiene ya remedio.

No eran aún las once de la noche, cuando la puerta de mi habitación se abrió sigilosamente. Me incorporé. Fingía dormir, pero estaba bien despierto, en tensa espera.

Irish, vestida de oscuro, apareció en la puerta. Me hizo un gesto. Y alzó su mano. En ella, vi un pequeño objeto de metal.

—La llave —susurró—. Ya está, Dern. Mi esposo duerme. No despertará fácilmente, con el sedante que le administré. ¿Vamos ya?

—Sí, vamos —me incorporé. Estaba vestido y a punto—. No hay tiempo que perder, Irish.

Descendimos a la planta baja. Cruzamos el amplio zaguán hasta la escalerilla angosta que conducía a la puerta metálica del laboratorio. No encendimos luces de la casa. Ella llevaba consigo una lámpara de petróleo, un quinqué a medio encender. Graduamos la llama con mayor fuerza, una vez en el sótano destinado a laboratorio. Nos movimos con sigilo entre las mesas, instrumental y elementos de estudio.

Instintivamente, Irish se aproximó a mí cuando nos enfrentamos

a la puerta metálica, claveteada, del taller de taxidermia de Maxwell Jason. Sentí su mano, fría y estremecida, apretar la mía, en busca de apoyo. Lo encontró. Oprimí sus dedos con energía, y ella me sonrió débilmente. Estábamos tan cerca uno de otro, que su seno juvenil rozó mi torso, y ese contacto me produjo un agradable escalofrío.

—¿Está tranquila, Irish? —murmuré.

—Sí, Dern —sonrió, algo forzada—. Mantengo la serenidad aún. Ya veremos lo que dura. Todo dependerá de lo que encontremos ahí…

Asentí. Era de su misma opinión. La respuesta, afirmativa o negativa, a todas mis sospechas, estaba allí dentro, en aquel recinto que ahora íbamos a franquear…

Irish me tendió la llave. No parecía capaz de abrir ella misma. Yo lo hice. Introduje la llave en la cerradura. La hice girar, con un chirrido prolongado, que actuó como un papel de lija rayando nuestros nervios directamente. Capté el estremecimiento de Irish, y mi propia excitación ante el agrio sonido.

Luego, con un chasquido acre, la puerta cedió. Chirrió lúgubremente, igual que un ataúd al abrirse para dejar paso a un cadáver que se incorporase hacia nosotros, llegando desde más allá de la tumba.

Creo que la situación tenía mucho de parecido. A mí me aterraba infinitamente más la posibilidad de un monstruo creado a base de un cuerpo humano y un cerebro animal, o viceversa, que la posible existencia de los *zombies* mencionados por Doc Bonnard en Trinidad.

—Bien… —oí susurrar a Irish Jason junto a mí. Tan cerca, que su aliento suave rozó mi propia boca—. Ya está, Dern…

—Sí, ya está —respondí, con voz tensa—. Vamos, Irish.

Le apreté la mano con mayor fuerza. Mi zurda soltó la llave, y la hundí en el bolsillo de la levita, tocando el revólver. Caminé, sin separar a Irish de mí. Ambos entramos en el taller, llevando ella el quinqué en la otra mono.

La luz hizo bailotear sombras siniestras en los muros.

Irish gritó roncamente, aferrándose a mí, apoyando su rubia cabeza contra mi pecho. En las paredes, aves petrificadas, de alas extendidas y ojos vidriosos, de corvos picos amenazadores, nos

contemplaron en dantesco bailoteo de luz y sombra.

Desde el suelo y los estantes, lagartos, reptiles y pequeños caimanes disecados, parecían prestos a salir de su quietud artificiosa, saltando sobre nosotros con las fauces muy abiertas y la maligna mirada de vidrio clavada en nuestros rostros tensos.

Hasta allí, pese a todo lo espantoso y repulsivo que pudiera resultar el recinto, con sus rígidas criaturas disecadas, nada mostraba anormalidad alguna. Empecé a sentirme defraudado. E incluso temeroso por la posible reacción de Irish, cuando comprobase que su esposo era inocente de todas mis acusaciones horribles.

Pero aún faltaba algo por ver. Señalé al fondo del taller, y mi mano se agigantó en el muro, como una garra, al proyectarla la claridad rojiza del quinqué.

—Mire —dije—. Allí… Es la última posibilidad, Irish.

—Ojalá sea también negativa —la oí musitar—. Sería espantoso que Max…

No terminó la frase. Ni hacía falta. Yo podía entenderla bien. Como esposa, su sentimiento estaba lleno de lógica. Pero dudaba mucho de que la verdad confirmase ese deseo suyo.

Nos movimos por el taller, entre los repulsivos animales disecados, hacia la puertecilla lateral, tras un enorme pájaro tropical de redondos ojos cristalinos, fijos en nosotros como los de un búho. Ojos que no podían ver nada… Como el propio ojo de vidrio de Maxwell Jason.

La puertecilla tenía solamente un cerrojo corrido. Era de hierro, y bastante baja. Dudé, antes de descorrer el cerrojo y encararme a aquella última posibilidad. Irish, a mí lado, temblaba febrilmente.

Me decidí. Abrí, tirando del cerrojo, que no chirrió, sino que se deslizó suavemente, bien engrasado. Luego, le tocó caer a una aldaba de hierro oxidado, y la puerta quedó a disposición nuestra.

—Adelante —musité—. Deje que yo pase primero. Alumbre, por favor…

Alzó el quinqué. Yo moví mi brazo armado, empujé la puerta, y avancé unos pasos. Alcancé el interior de aquel nuevo recinto posterior.

La luz nos mostró lo que contenía, Y supimos que habíamos dado con el horror mismo. Con el cubil de la fiera humana. Con el

corazón del monstruoso sistema montado por un demencial experimento sobre la vida del hombre y de la bestia…

A mi lado, Irish emitió un agudo chillido de pavor, y retrocedió, hasta golpearse con el muro. El quinqué escapó de sus dedos y golpeó el suelo, quebrándose el tubo de vidrio, derramándose el combustible con una fugaz llamarada, y extinguiéndose finalmente la luz.

Pero en la oscuridad, en las sombras repentinamente abatidas sobre nosotros y nuestro terror, yo no podía olvidar lo que había visto ante mí.

Los dos cuerpos extendidos sobre mesas diferentes, sujetos con correas, con cables y electrodos aplicados a sus miembros y sienes…

Los dos cuerpos CON LA CABEZA ABIERTA, el cráneo segmentado limpiamente, alzada la tapa craneal como si fuese la parte superior de un coco…

Dentro, el vacío total, los extremos sanguinolentos de venas, nervios y toda clase de conexiones con el resto del cuerpo. Una especie de baterías o pilas eléctricas enlazadas en ambos cráneos huecos a esos remates sangrientos, perfectamente cortados…

Y en un par de urnas de vidrio, dos cerebros, dos masas encefálicas, muy diferentes entre sí, flotando en un líquido lechoso, en un humor turbio, también con cables y electrodos aplicados.

Un zumbido tenue, una vibración luminosa, eléctrica, brotaba de cada uno de aquellos contactos. Un arco voltaico azulado, centelleaba, en zigzag, entre ambos cerebros. Como si se hubiera establecido entre ellos un contacto previo.

Pero quizá lo más terrible de todo fuese la naturaleza de los seres tendidos en ambas mesas, sujetos por aquellas correas…

Un cuerpo era el de una culebra gruesa, larga, viscosa y fría, con la parte superior de su cabeza segmentada y abierta…

El otro cuerpo… ¡era el de Maluba, la negra de la lengua cortada!

Los cerebros, naturalmente, debían de ser de cada uno de aquellos seres. Y esperaban el diabólico intercambio…

Todo eso que ahora era imposible ver en la oscuridad, sólo alterada por el luminoso arco voltaico, con su azul espectral, se había quedado profundamente grabado en mi mente, con indeleble caracteres de horror, de incredulidad, de pánico y de angustia sin

fin.

CAPÍTULO II

Irish seguía sollozando, convulsa, en la oscuridad. La busqué a tientas, y abofeteé su rostro con energía, con violencia casi, para contener su histerismo.

—Por Dios, cállese —supliqué con voz ahogada—. Ahora ya lo sabe. Ya está segura. Su esposo es un demente, un científico loco y cruel. Sacrifica animales y personas con igual sangre fría. Intercambia cerebros, busca una nueva dimensión biológica, que sólo conduciría al horror y a la aberración monstruosa. Ahí tiene a Maluba, a su fiel Maluba, a quien él mismo debió sacrificar, mutilándole la lengua… Ha vaciado su cráneo, ha extirpado su cerebro para aplicárselo, aunque sea parcialmente, a un reptil. Así, cuando esa monstruosidad concluyese, tendríamos una serpiente de humanos pensamientos, un ser humano encerrado en el cuerpo de un reptil, impotente para manifestarse tal como es. Y a un reptil cuyo pensamiento, crueldad y perfidia se encerrarían en un cráneo humano… Es como crear un zoo aterrador; una frontera biológica prohibida ha sido saltada por ese maníaco, a espaldas suyas, Irish. Crea monstruos de laboratorio. Seres que no pueden sobrevivir. Sacrifica vidas humanas, Marlowe, Maluba, ese desdichado pelirrojo que acaso arribó por error a esta isla… y sólo Dios sabe cuántos más… Hasta que un día, a falta de sujetos, terminase por utilizarme a mí… o a usted misma.

—¡Dios mío, no! ¡No puede ser! ¡No puedo admitirlo…! —jadeó ella ahogadamente.

—Claro que lo admite —dije en un susurro en la oscuridad—. Está dándose cuenta de lo que sucede, de cuanto estuvo sucediendo en torno suyo, sin que usted misma lo advirtiese. Y se pregunta cómo un hombre a quien se unió como esposa, en quien creyó de buena fe, ha podido llegar a este delirio de sinrazón, de abominable crueldad…

Ella permanecía muda ahora. Yo tomé aliento. En el repentino silencio, el zumbido de los sistemas eléctricos era lo único perceptible en la sombra del sótano tenebroso. Estábamos allí, con dos cuerpos que la electricidad mantenía con vida, a la espera del inaudito intercambio de cerebros entre un reptil y una mujer de color.

—Hay que destruir esto —le advertí con frialdad—. Todo.

—Dern… Si él se entera, se enfurecerá… ¡Nos destruirá!

—Piensa destruirnos igualmente. Irish, ¿usted es mujer de fortuna personal? —indagué.

—Pues… sí. Tengo mis medios de vida en Inglaterra, mi cuenta en Trinidad…

—¿Y Maxwell Jason?

—No sé… Creo que no le fueron demasiado bien las cosas antes de ahora… —tuvo que confesar ella con voz sorda.

—Ya —hubiera querido ver su rostro en la oscuridad. Exhaló un hondo suspiro—. Sólo le faltaban los medios. Y los obtuvo. Ahora alcanzó el sueño de su vida: impunidad, dinero… y la posibilidad de dar cima a sus monstruosas ideas.

—Pero, Dern, eso… eso es genial, pese a todo. Un milagro biológico y quirúrgico…

—Lo sé. Hubiera sido un auténtico milagro de la ciencia. Así, se convierte en una aberración satánica. Tienen razón los nativos. Hacen exorcismos para librar a Isla Matumba de la influencia del diablo. La quieren y respetan a usted, Irish. Pero Maxwell… ¡Maxwell es el diablo mismo, personificado en un científico loco, en un maniaco de la ciencia! Sólo busca el Mal. Es el creador de nuevos Prometeos. Un Frankenstein peor aún que el de Mary Shelley… Porque él actuaba con cadáveres, no con seres vivos, sacrificando su existencia, alterando su mente, su razón, condenando a criaturas humanas a una suerte horrenda y siniestra…

—Dios mío, Dern. La pobre Maluba…

—Sí. Y Marlowe, y el otro hombre… y vete a saber cuántos más… —me detuve bruscamente, apoyando mi mano en su rostro, buscando a tientas su boca en la oscuridad, al tiempo que le ordenaba, brusco—: ¡Chist! No hables. No digas nada…

Ella aferró mis brazos, hincó sus uñas en mi torso.

Aparté mi mano lo justo para que ella pudiese susurrar:

—¿Qué… qué sucede, Dern?

—Pasos. Roces… Alguien viene. Calma, Irish. Mucha calma…

No supe si la tendría. Temblaba entre mis brazos. En la oscuridad, me asaltó la idea de que cualquiera que nos sorprendiese, pensaría lo peor de aquello. Una mujer casada, en brazos de un hombre como yo, joven y soltero… No había nada impuro ni sexual en aquella aproximación instintiva de dos seres amenazados por un mismo peligro diabólico, que podía materializarse en cualquier punto de aquellas sórdidas tinieblas con olor a humedad, a sótano, a sangre, a productos químicos, a muerte y a horror…

Pese a todo, yo era un hombre sensible. Especialmente, a la belleza y al encanto femenino. A Irish le sobraba todo eso. Se le notaba tan desvalida, tan débil y agitada, allí en aquel abrazo en las tinieblas, junto a mí.

—Querida… —musité, sin saber a ciencia cierta por qué decía aquello—. Calma, por Dios. Ten calma, Irish, criatura…

Y la apreté contra mí con tal fuerza, que no debí sorprenderme cuando sus labios exhalaron un leve gemido… y su boca se topó con la mía, fundiéndose en un súbito contacto febril.

Lo peor de entonces fue que entonces sentí la extraña aguda punzada en la nuca, llegando a espaldas mías. Quise agitarme, gritar algo, avisar a Irish. Quise luchar, revolverme.

Todo inútil. El ser cuyos pasos habían sonado apagadamente a mis espaldas un momento antes, guiado por un instinto casi sobrehumano en la sombra, me había alcanzado con un arma que yo desconocía.

Un extraño frío alcanzó mi espina dorsal, subió a mí cerebro y lo inundó como si se congelase totalmente. Mis miembros, mi cuerpo todo, parecieron algo lejano y amorfo, que yo no podía controlar en modo alguno.

Me derrumbé. Lo último que percibí fue el roce trémulo de las manos de Irish Jason, cuando me desprendía de ella para caer y hundirme en una oscuridad mil veces más profunda e insondable que aquélla en que había sido sorprendido por el monstruo de Isla Matumba…

CAPÍTULO III

Isla Matumba…

Era como un horroroso recuerdo impreso en mi mente. Lo seguía siendo cuando desperté de un sueño sin pesadillas ni evocaciones. Cuando abrí mis ojos, saliendo de la oscuridad inconsciente, para encararme de nuevo a la luz, las formas y la realidad, me pregunté si estaría aún en el odioso islote del Caribe, en aquel cerco de agua, de selva, de horror.

La respuesta fue inmediata. Nunca había salido de Isla Matumba. Continuaba allí. En el obsesionante lugar donde nuevos engendros vivientes iban surgiendo del bisturí del neurocirujano y de los conocimientos increíbles del biólogo que había sido ocultamente Maxwell Jason, para estupor nuestro y desgracia de tantos seres vivientes, humanos o irracionales.

Reconocí el lugar, y el horror me invadió. ¡Estaba en la cámara de taxidermia, con la puerta abierta, frente a frente con los horribles animales disecados, de ojos de vidrio, plumaje o escamas sin vida, y fauces o picos petrificados por la muerte!

Intenté moverme, no me fue posible. Fuertes correas me ataban a la mesa. Tendido, boca arriba, esperando algo que no entendí en un principio. Y que después convulsionó mi cuerpo todo con un espasmo de terror.

¡Era la mesa donde viera yo el cuerpo yacente de Maluba, con su tapa craneana abierta, alzado el segmento de hueso igual que la tapa de un fruto maduro de la jungla! Me pregunté si yo también…

Golpeé con mi cabeza en la madera, furiosamente. Percibí el choque con mi occipital, sentí agitarse mis abundantes cabellos. No, mi cabeza seguía intacta. Continuaba siendo yo mismo. No había dentro de mí otro cerebro que el mío. Pero eso… ¿por cuánto tiempo?

Angustiado, miré a la mesa vecina. No había ni rastro del reptil.

Sólo huellas viscosas, manchas de sangre, de otros productos químicos… Me pregunté, con un escalofrío, si Maluba sería ya una serpiente… y el ofidio estaría dentro del moreno cuerpo de la hermana gemela de una *zombie*…

Quise llamar, gritar. Vocear algo, avisar a alguien, o pedir socorro, aunque fuese estérilmente.

No me fue posible. Una ancha tira de esparadrapo cubría mi boca, sujetándola firmemente. No sólo estaba sometido a la inmovilidad, sino también al mutismo. Y casi habría que dar las gracias, pensando que el silencio de Maluba se basó en una salvaje mutilación de su lengua. Una mutilación que, indudablemente, fue obra directa y personal de un monstruo de maldad llamado Maxwell Jason…

Pensé en Irish. Sólo en ella. Era ahora una víctima indefensa en poder de su feroz esposo. Solos en el islote, ella con fortuna propia, él, sin medios… Ella, indefensa, él, poseedor de una mente demoníaca y extrañamente inteligente.

En esas circunstancias… ¿qué iba a ser de Irish, si alguien no lo impedía? Ese alguien era yo, pero ¿de qué diablos me servía, estando reducido a la impotencia? ¿De qué serviría ahora, que ella supiese que Maxwell era culpable, si no podía hacer nada contra él?

Desolado, cerré los ojos, tras un forcejeo. Era inútil intentar evadirse de allí. Jason sabía hacer las cosas oportunamente. Al parecer, siempre rectificaba a tiempo sus errores.

Me hizo entreabrir nuevamente los ojos el largo chirrido de ataúd que tenía la puerta del sótano. Entre las sombras de las aves y anfibios disecados, se aproximaban dos personas. Sus pasos sonaban huecos, aproximándose por momentos.

Cerré casi por completo los ojos. Pero seguí mirando a través de mis párpados entreabiertos. Así les vi llegar a ellos. Cogidos de la mano. Delante, Jason. Detrás, su esposa.

Parecían singularmente unidos, como cómplices en todo aquello. El horror me asaltó. ¿Era posible que Irish y él…?

Se detuvieron frente a mí. Borrosamente, a través de mis pestañas y la rendija leve de mis párpados, estudié a ambos. Había algo raro en ellos, especialmente en la rigidez de ella, al caminar.

—Detente —ordenó secamente Maxwell.

Y ella obedeció. Permaneció parada ante mí. Inmóvil, erguida.

Como en trance. Eso me dio la clave. Luego, el propio Jason la confirmó, al volverse ella despacio, y encararse con el rostro inescrutable y el único ojo vivo de su esposo. La luz de las lámparas de gas del sótano arrancaba destellos helados en el globo de vidrio de su ojo artificial.

—Irish, soy yo, tu amo y señor —recitó él, monótono, glacial, inexpresivo.

—Sí, Max. Eres mi amo y señor —repitió ella, servil, obediente, como un simple eco.

—Escucha esto, Iris. Has de obedecerme en todo. Absolutamente en todo. Incluso en el momento en que tu amigo Dern sea sacrificado…

—Sí. Incluso cuando Dern, mi amigo, sea sacrificado, yo te ayudaré…

—Perfecto, Irish —él parecía satisfecho, pese a no expresar nada —. Así debes hacerlo… Hasta el fin, querida. Hasta que sea yo el mayor científico de la Historia. El genio de todos los tiempos… ¡Creador de vidas, artífice de evoluciones y mutaciones insospechadas por la ciencia y por la sociedad! Irish, tú eres mi fiel servidora, mi esclava leal desde este momento…

—Soy tu servidora, tu esclava… —repitió ella, monocorde.

—Nuestro zoo humano se va a ver nutrido por nuevos seres fabulosos —dijo Jason, elevando su tono—. ¡Al hombre-gorila, a la mujer-tarántula, y a la mujer-culebra que es ahora Maluba, al hombre-gato que es nuestro anterior servidor Kobuk, se unirá ahora… el hombre-caimán que va a ser en breve Douglas Dern!

Me estremecí, angustiado. Supe adónde iba a parar mi cerebro, justo en ese momento. Y supe que mi cuerpo acogería el cerebro romo y pesado de un caimán, para convertirse en algo así como un monstruo deslizante, un hombre reptante que buscaría vorazmente devorar a otros hombres, porque así se lo dictaría el instinto de un cerebro extraño, el de un anfibio carnívoro y feroz…

—Dios mío… —murmuré sin voz, allá en un rincón de mi cerebro, de la mente que aún era mía, aunque ignoraba por cuántas horas o minutos… Y la sensación de impotencia fue mayor que nunca en mí, cuando comprobé que la hipnosis, el poder de sugestión que Jason poseía sobre su esposa era terriblemente eficaz, al responderle ella, ausente y mecánica:

—Sí, Max… Nuestro zoo será hermoso… Y Dern será el hombre-caimán que se una a todos ellos…

Estaba sometida a la voluntad de su marido. Esto era más lógico y científico que el vudú de Haití o la magia negra africana. Era hipnosis. Sugestión. Poder mental y psíquico sobre su esposa, convertida en un simple autómata a sus órdenes nefandas.

Ella ya no significaba nada. No podía esperar nada de Irish. Y, desgraciadamente, tampoco ella de mí. Estábamos perdidos. Los dos. Ella, por hipnosis. Yo, por el desastre total en que me hallaba, cautivo y sentenciado a un fin mucho más horrendo que la misma muerte.

Algo se rebeló entonces en mí. Y como todo estaba perdido ya, rompí con toda cautela o prevención estéril.

—¡No, Irish! —grité agudamente, logrando hacer saltar el esparadrapo con mi esfuerzo—. ¡No escuches a ese hombre! ¡No hagas caso a ese monstruo! ¡Despierta, vuelve en ti, lucha por imponer tu voluntad…! ¡Irish, es preciso, ABSOLUTAMENTE preciso que reacciones a tiempo! ¡No le atiendas, no te dejes vencer y controlar! ¡Te está hipnotizando, te está convirtiendo en un simple instrumento suyo…!

Mis gritos rompieron algo. Se estremeció Maxwell Jason, como agitado por una repentina y violenta cólera. Tembló con viveza ella, pestañeó, se movió, vacilante, igual que si saliera en ese instante del trance.

Yo la miré, satisfecho del resultado. Le avisé con mayor apremio que antes:

—¡Huye, huye, Irish, lo antes posible! ¡Escapa de aquí, por favor! ¡No te ocupes de mí, vete lo más lejos posible…!

Giró la cabeza. Me miró asombrada, como si no entendiera absolutamente nada de todo aquello. Por su parte, Maxwell reaccionó más violentamente.

Pasó veloz junto a ella, apartándola de un brusco empellón que la hizo gemir. Llegó hasta mí, se inclinó sobre la mesa de madera, donde yo reposaba ligado, centelleante su único y terrible ojo viviente, que nunca como entonces me hizo recordar las palabras premonitorias de Doc Bonnard, allá en Puerto España: «… Cuyo único ojo reflejaba todo un abismo maldito de sombras, de sangre, de muerte…».

—Tú eres el enemigo que debe ser destruido para que la ciencia triunfe sobre la mediocridad, para que lo establecido deje de serlo, y nosotros, los hombres, nos libremos de prejuicios, de frenos y de falsos moralismos. El camino del progreso no puede detenerse sólo porque se pretenda salvar la vida de unos pocos cobayas humanos. ¡Y no se detendrá! Los científicos continuaremos adelante hasta descubrir los secretos de la mente humana, de la Vida y de la Muerte, y lleguemos a la suma perfección, que no puede ser sólo privilegio de un Ser supremo, sino algo compartido por la inteligencia y la sabiduría de todos nosotros. ¡Tu propia condenación como conejo de Indias humano, te hará callar, enmudecer para siempre, encerrado en un cuerpo que no sea el tuyo, y que se limite a arrastrarse por la tierra que ese Dios tuyo a quien tanto respetas ha creado para las más abyectas criaturas! ¡Cuando vuelvas a despertar, Douglas Dern, habrás aprendido en ti la gran lección de que todo hombre, cualquier hombre… puede dar la vida y la muerte a las criaturas del universo, lo mismo que un nuevo creador!

Y una larga, aguda, demencial carcajada, acompañó aquellas tremendas frases suyas, que eran mi peor sentencia de muerte. Y la de otros muchos, víctimas inexorables de quien anteponía la ciencia y el delirio de poder y grandeza a todo freno humano o divino…

—¡Loco, estúpido! —aullé, rabioso, mirándole con desprecio—. ¡Nadie pudo ni podrá jamás disponer de vidas ajenas para sacrificarlas por bien científico o tecnológico alguno! ¡El propio Creador a quien tu ridícula soberbia desafía, terminará contigo y con tus sueños de poder alguna vez, maldito demente!

Irish avanzó, como pretendiendo hacer algo por evitar lo que iba a suceder. Pero no pudo hacer nada. Quizá la hipnosis la tenía aún aturdida, falta de reflejos, de auténtica voluntad y energía.

Lo cierto es que Maxwell Jason se inclinó sobre mí. Me golpeó brutalmente en la sien, con su mano abierta, como un mazo.

Creo que fue como el efecto de un rayo. Me desplomé sobre la mesa, con fuerte impacto de mi cráneo. Luego, se borró todo.

Supe, casi inconscientemente, que podía ser aquélla mi despedida del mundo como el biólogo Douglas Dern, de Londres.

Cuando despertase… ¿qué sería? Seguramente un simple caimán, un anfibio arrastrándose por el fango, en busca de presas

humanas…

Y en mi cuerpo, dentro de la piel de mi cadáver… ¡sólo el cerebro viscoso y frío de un voraz caimán…!

Pero eso fue solamente una borrosa idea. Porque yo estaba ya hundido en el abismo negro de la inconsciencia total.

DESPUÉS DEL PRÓLOGO

CAPÍTULO PRIMERO

Sólo un cerebro humano…

Eso soy yo.

Encerrado en esta caja de vidrio, flotando en este líquido opalescente, con unos electrodos y unos cables que me permiten seguir vivo, existiendo en este mundo, siquiera sea mentalmente…

Y allí, frente a mi… mi cadáver. Mi humana envoltura, vacía ya de cerebro. Sin mi masa encefálica. Sin mi mente, mis reflejos, mis recuerdos, mis pensamientos, mis ideas, mi sensibilidad, mis sentimientos. Sólo un cuerpo. Un cadáver vacío. Esperando cualquier cerebro en su bóveda craneal…

Horrendo. Es realmente horrendo, inhumano, brutal. Una sentencia atroz, indescriptible. Morir, cuando menos, es descansar. Pero ir, como Marlowe, al cráneo de un mastín… O como Maluba, al interior de la agresiva cabeza de una poderosa serpiente tropical… O como aquel desconocido pelirrojo, que murió físicamente con el pequeño y repugnante cerebro de una araña dentro de sí… y sólo Dios sabía dónde andaría una araña tejiendo su tupida red viscosa, con el cerebro y los sentimientos de aquel desdichado dentro de su feo cuerpo velludo y voraz.

Y yo, ahora. Yo iba a engrosar la lista… A ser un miembro más de su espantoso zoológico humano, de los experimentos diabólicos de un monstruo de la ciencia, completamente enloquecido, desquiciado por el poder que había ido a parar inexplicablemente a sus manos.

Volví a mirarme a mí mismo, triste residuo, desperdicio humano sin valor autónomo alguno, fuera de mi propio cuerpo. Una simple masa encefálica, alimentada por impulsos eléctricos, y nada más. Un cuerpo vacío, yerto, sin conocimiento. Dos formas unidas desde el nacimiento, se iban a separar ahora para siempre. Iban a seguir caminos opuestos. Iban a encontrar mutaciones alucinantes, nuevas

creaciones de una vida orgánica indescriptible y cruel, a la que era mejor poner final. Quizá por ello aulló sin cesar Ashley Marlowe, en las noches tropicales, buscando morir de una vez, liberándose de su prisión terrena, hallando en la muerte el descanso definitivo y amable.

Yo lo entendía ahora. Yo también deseaba morir. Yo, que jamás comprendí a un suicida, no quería otra cosa que ver llegar mi muerte, dejar de ser, de sentir, de pensar…

«Dios mío… —pensé, como si hablara, sin voz ni cuerpo, sin boca ni cuerdas vocales, en la espantosa soledad y en el aislamiento impotente de aquella horrible caja de vidrio en donde YO flotaba, en donde mi cerebro era una fea masa envuelta en una membrana, rodeada de un humor adecuado para su conservación, y adonde sólo los impulsos eléctricos de mecanismos renovadores de los métodos científicos, llegaban como pulso vital—. Dios mío, ¿cuándo la muerte? ¿Cuándo el fin de toda esta pesadilla abominable?».

Pero el cristal oscuro que me servía de espejo, sólo me mostraba mi pobre cerebro flotante, mi ridículo reducto final ante la vida. El pozo de mi triste sabiduría, de mis reflejos, de mis sentidos, de mis recuerdos, de mi propio ser.

Y allá, en alguna parte de la siniestra casona de Isla Matumba, un hombre siniestro preparaba mi holocausto. Un hombre diabólico se disponía a trasladarme a un cuerpo escamoso, repugnante, a la reptante figura de un caimán que sería devuelto a su jungla, a su ambiente, convertido en una nueva especie zoológica que era mitad hombre, mitad anfibio, mitad animal, mitad criatura humana. Y que, en conclusión, no sería nada de nada, salvo un horror viviente, en dos dimensiones, en dos formas. Yo, mi cerebro… y la piel de mi cadáver.

De repente, supe que se abría una puerta. Que unos pasos se acercaban. Algún impulso eléctrico dotaba del sentido del oído a mí cerebro, aun sin poseer apéndices auditivos.

Era él quien aparecía, como borroso, bailoteando en mi visión sin ojos, producto de algún otro impulso eléctrico. Una figura distorsionada, deforme, aproximándose a mí, con helada, cruel sonrisa. Y con un pequeño caimán, rígido e inerte, entre sus brazos…

—Llegó el momento, Dern —habló Maxwell Jason, acercándose

—. Éste es tu futuro cuerpo. ¿Te gusta? Imagino que no, pero será una fascinante experiencia, no lo dudes…

Soltó una larga carcajada. Su rostro se veía tan estirado, tan deforme, su único ojo vivo tan siniestro y brillante, al lado del vidrioso reflejo mecánico del otro…

De haber tenido ojos, los hubiera cerrado. De haber tenido boca, hubiese gritado. De haber sido un hombre, un ser humano vulgar, hubiese agitado furiosamente mi cuerpo hasta enloquecer o hasta romper las correas que me aferraban.

Pero no me era posible. Yo no tenía ya ojos, ni boca, ni cuerpo. Yo era solamente una miserable masa de células grises, de centros nerviosos, de vasos sanguíneos, de zonas destinadas a memoria, a impulsos, a sentimientos, a emociones, a todo cuanto hace de un ser viviente algo más que una simple máquina o uno de esos horribles *zombies* de las ocultas artes mágicas de los habitantes del Caribe.

Y tuve que asistir, impotente, a las palabras de aquel monstruo que me sentenciaba al final atroz, dantesco, enloquecedor. Y tuve que aceptar esa impotencia. Y esa suerte definitiva, inexorable…

Y esperar. Y temer. Y perder ya toda esperanza.

Porque lo mejor que puede sucederme ahora, cuando me veo a mí mismo en un reflejo, convertido solamente en una masa encefálica que flota dentro de una urna de vidrio, extraída de mi cráneo por medio de una infernal neurocirugía que el mundo ignora aún, lo único que puede salvarme del horror… es la muerte.

Y yo, Dios mío… ¡pido la muerte como una liberación! La imploro, encarecidamente…

Mis circuitos eléctricos deben estar fallando, porque todo se distorsiona. Lo último que capto es la risa de Maxwell Jason, su gesto demoníaco. Y esa horrible criatura en sus brazos. El caimán, a cuyo aplastado y feo cráneo iré a parar irremisiblemente, dentro de muy poco tiempo…

Quizá ahora mismo. Quizá en este momento en que todo se borra de mi recepción, y paso a la oscura zona de la inconsciencia mental absoluta…

CAPÍTULO II

No. Todavía no ha terminado todo.

Maxwell está ahí. Frente a mí. Ante los receptores sensibles de mi cerebro, que captan las imágenes visuales y las trasladan a mi zona de sensibilidad óptica.

El caimán reposa en otra mesa. Fuertemente atado, inmóvil. Han alzado la tapa de su cráneo ya. Está vacío por dentro. Sanguinolentas terminaciones esperan la conexión horripilante. Y algo más allá, mi propio cadáver… Esperando. Esperando al nuevo inquilino de su hueco craneal…

Maxwell lleva bata blanca. Maneja electrodos, mecanismos eléctricos, que despiden chirriantes arcos voltaicos. Extraños motores vibran en algún punto del laboratorio biológico. Serpentinas espirales, como alambiques, hacen circular fluidos líquidos luminosos.

Las manos enguantadas del esposo de Irish llevan un juego de bisturíes afilados. Y un extraño elemento que vibra. Un bisturí con cable, conectado a la fuente energética de los sistemas eléctricos. Un bisturí eléctrico… Nunca vi uno parecido, ni siquiera en Londres.

Y en esta isla maldita, esa gente parece poseerlo todo para el Mal…

También está ella. Irish. ¡Dios mío, pobre y delicada Irish!

Rubia, sensible, pálida y estremecida. Camina como lo haría uno de esos *zombies* salidos de la tumba. Pausada, mecánica, insensible a todo. Creo que no sabe dónde está ni lo que hace.

Ya recuerdo… Hipnosis. La maldita fuerza de sugestión, el magnetismo mental de su marido, el monstruo. Está vencida, dominada, controlada. Hará lo que él diga. Es una marioneta, un simple muñeco en sus manos. Un autómata sin voluntad. Una muerta en vida.

—Vamos ya, Irish —ha sonado la voz de él, brusca y acerada—. Procede. Vamos a intercambiar ambos cerebros. Es el momento.

Mi cadáver espera. También el del caimán. Y mi cerebro. Y el de ese repugnante anfibio que, sin embargo, no tiene culpa de nada y es tan víctima como yo…

Ese momento supremo está al llegar. Irish, también con su blanca bata, que no hace sino realzar su belleza, sus encantos, su sensibilidad femenina, controlada y dominada por un auténtico monstruo de maldad, le ayuda en su tarea, sin saberlo siquiera. Sin enterarse de cuanto sucede a su alrededor.

Dios mío, si fuera posible despertarla, hacerle ver lo que va a ocurrir, lo que está haciendo, el espantoso hecho de que tratan de hacerle cómplice involuntario… Pero no. No es posible. Yo no puedo hacer nada. Absolutamente nada.

Es el fin.

El fin irremediable de Douglas Dern biólogo. El principio alucinante de Douglas Dern, el caimán-humano… o el hombre-caimán…

Maxwell ha tomado una jeringuilla hipodérmica. La llena de un líquido rosado. Apunta con su afilada aguja hacia lo alto. Se prepara…

Y viene hacia mí. Va a inyectarme. A mí, a mí cerebro, en realidad. Debe ser el inicio de la operación, del extraño trasplante, del intercambio diabólico de cerebro humano y animal.

No puedo resistirme. Ni luchar. No tengo nada. No tengo armas siquiera…

Maxwell Jason ríe, mirándome. Es como si supiera que yo le veo, le entiendo, le sigo en cada movimiento suyo. Su voz se eleva, aguda y triunfal, porque parece que sabe que yo le oigo, le entiendo, aunque no pueda responderle.

—Bien, señor Dern —me dice, sarcástico—. Se acabó todo. Tu cerebro asqueroso va a tener la cárcel que se merece… ¡dentro de ese caimán que te espera!

Alza la mano. Su aguja apunta a mí masa encefálica, que debe temblar.

Luego…

* * *

Luego, inesperadamente, el milagro.

No sé cómo sucede, pero es un milagro. Irish, la encantadora y desdichada Irish Jason, la esposa vencida, humillada, hipnotizada y sometida, es su protagonista. Su heroína magnífica.

Llevaba el bisturí para apoyar en su tarea siniestra al esposo dominador y magnético. Ese mismo bisturí, cuando pasó ella tras Maxwell, justo ante mi cerebro, se alzó, centelleó a la luz cruda de las lámparas de gas…

Luego, se hincó en la nuca de Maxwell. Fue un golpe seco, brusco, brutal. Él aulló, se revolvió, con su ojo desorbitado, buscando a su agresor. La miró, con aquella única pupila terriblemente abierta, sin llegar a entender bien lo que sucedía. De su mano escapó la jeringuilla. La oí estrellarse y quebrarse contra el suelo. Luego, fue él quien intentó, con manos crispadas, aferrarle el cuello. Jadeó palabras roncas, virulentas, llenas de odio…

—Maldi…ta… traidora… Irish… debí… matar…te.

Su boca dejó correr un hilo de sangre. Le vi, sin mis ojos, desde mis centros mentales, su nuca con la empuñadura del bisturí asomando rígidamente de ella. Agitó sus manos engarfiadas, buscando el cuello de Irish.

Pero no la alcanzó. Se derrumbó de bruces, con un estertor. Rodó por el suelo, clavándose más hondamente el bisturí, ante los ojos horrorizados de Irish, que se cubrió el rostro con ambas manos, y retrocedió unos pasos, estallando en sollozos.

Esta vez, tras su gesta increíble, yo no podía ayudarla, no podía decirle nada de nada. Pero Irish reaccionó sin esperar a mis imposibles frases de consuelo. Miró mi pobre masa cerebral, flotando en aquel humor turbio que la mantenía viva y palpitante.

Y me dijo, estremecida, trémula su voz:

—Douglas, querido… Lo hice por ti. Lo hice por ti… Perdóname… Ahora, tratare… trataré de devolverte a tu propio lugar, a tu propio cuerpo. Si no lo consigo… perdona. Lo intenté, cuando menos. Es lo único que puedo hacer… Tengo los datos, los gráficos y apuntes de Max… y espero que Dios guíe mi mano y mi mente. Por fortuna, he salido a tiempo de mi desgraciado vacío, de mi sometimiento psíquico… Te ayudaré… Douglas, te ayudaré… aunque sea a morir, en el peor de los casos…

No supe más. Ella corrió por otra aguja hipodérmica, la llenó de

un líquido que no era rosado, sino verdoso. Se acercó a mí. Me miró amorosamente. Frunció sus labios en un mohín cariñoso que era casi un beso. Un beso imposible a un hombre sin labios…

Luego, me clavó la aguja. Perdí la noción de todo, entre una vorágine de confusión y de turbias imágenes confusas, donde daba vueltas y vueltas el cadáver sangrante de Maxwell Jason.

Y después, nada.

CAPÍTULO III

El comisario Moriandy nos contempló largamente.

Luego, se frotó el mentón, se puso en pie, dando unos nerviosos paseos por la oficina de puertas de bambú. Le vi enjugarse el sudor del rostro, dificultosamente.

—No es posible… —jadeó—. Ustedes dos saben que todo eso no es posible. Nadie va a admitirlo en absoluto. Y yo tampoco, por supuesto.

—Sabía que iba a comentar eso —dije, con tono grave—. Es todo demasiado increíble. Pero tiene allí las pruebas…

—¿Pruebas, ha dicho? —Nos contempló, con ojos muy abiertos, volviéndose—. ¿Qué pruebas, señor Dern?

—El cadáver del mastín negro, el del pelirrojo que fue araña humana… También el caimán y su cerebro… Los apuntes, los datos científicos y técnicos de Maxwell Jason… Es posible que, si hacen la autopsia a Ashley Marlowe, encuentren también huellas de ese trasplante horrible, comisario.

—Aun con todo eso, será un asunto escandaloso, increíble… ¿Se imagina lo que dirá el Gobierno de Su Majestad, lo que dirán médicos y científicos? Eso hará daño, mucho daño a los investigadores… Habrá quien correrá el peligro de ser quemado, como un brujo en los siglos anteriores.

—También sé todo eso. Pero se tiene que decir. De otro modo, parecería que Irish Jason ha asesinado a su marido. Y las cosas son muy distintas, comisario. He sido testigo.

—Testigo… —jadeó Moriandy, perplejo, contemplándome—. Cielos, sí. Pero ¿qué clase de testigo? ¿Cómo decimos a un tribunal y un jurado que usted… que su… cerebro solamente…, ha presenciado todo eso?

—Lo siento —suspiré—. Es la verdad. Mire mí cabeza. Levanten los apósitos, examinen mi cabeza. Es la prueba más contundente de

todo este horror que he vivido en Isla Matumba, comisario.

Moriandy pareció estudiar muy fijo mis vendajes, sobre los costurones que yo viera al despertar de mi último desvanecimiento, tras operarme Irish, devolviéndome mi cerebro, mi normalidad, mi vida, en suma…

—Sí, lo admito —declaró con voz ronca—. Eso será una prueba evidente. Pero aun así, los jueces van a volverse locos, si es que admiten tratar este caso. Incluso aquí, en el Caribe… ¡es demencial!

—Por completo, comisario —asentí con un suspiro—. Demencial. Ésa es la palabra que califica todo este asunto, desde un principio… Pero ni Irish Jason ni yo tenemos la culpa de ello.

Moriandy, finalmente, se incorporó. Paseó hasta la puerta. Miró al exterior, donde la luna llena, redonda y amarilla, era un gran disco de luz en el ciclo tropical, sobre el azul oscuro de las aguas y las doradas playas bordeadas de espesura.

—Está bien —dijo al fin—. Acepto su declaración, doctor Dern. Veremos lo que dice el juez…

* * *

El juez lo había dicho.

El horror había terminado. Irish era inocente por completo en la muerte de su esposo Maxwell. Y yo también. Pero el juicio a puerta cerrada, con la única asistencia de médicos y especialistas, cerrados todos en una habitación, examinando resultados de autopsias, de análisis y de los horribles restos humanos y animales hallados en Isla Matumba, había sido difícil y extraño. Luego, el juez Maugham resolvió dar el caso por terminado, y dictó sentencia absolutoria, sin esperar a más. Recomendó a un grupo de médicos y biólogos el estudio minucioso de los detalles puramente científicos del caso.

Luego, nos despidió, deseando que olvidáramos cuanto antes lo sucedido.

Nos quedamos parados bajo la luna. Puerto España parecía diferente. Más luminoso, limpio y despejado que a mí llegada. Hasta los ritos ancestrales, el vudú y todo eso, parecía algo remoto y sin sentido. Tan sin sentido como la Isla Matumba y su espantoso secreto.

Allí habían encontrado los policías y el forense un horrible zoológico, compuesto de animales enjaulados, en pabellón de la jungla, donde ninguno de ellos poseía un cerebro realmente irracional, sino procedente de un ser humano. Y allí había auténticos monstruos, engendros hechos de cuerpo animal y cerebro humano. Y también, por desgracia, en otra mazmorra horripilante, humanos con cerebro animal, desde un hombre-murciélago hasta una mujer-lagarto y un pequeño niño negro, con cerebro de buitre…

No existía solución para ellos. Todos fueron sacrificados, porque hay momentos en que la muerte es mejor que una vida espantosa e ilógica, fuera de toda regla natural.

Pero ellos eran la prueba de que Irish y yo teníamos razón…

—Vamos a cenar —la invité, risueño, respirando el aire de la noche a pleno pulmón—. Irish, existe un lugar tranquilo donde hacerlo. Luego, nos iremos a Tobago o a la costa venezolana, en el barco que sale esta noche…

—¿Qué lugar es ése? —me preguntó ella, casi infantil de puro ingenua, colgándose de mi brazo, entusiasmada.

—El Caribbean Palace. El primer lugar que vi, a mí llegada aquí…

Asintió ella, entusiasmada. Y nos dirigimos al negocio de Maya Creole, la hermosa muchacha de Trinidad.

CAPÍTULO IV

La cena había terminado.

Nos miramos Irish y yo. Maya, con una sonrisa amable, nos había servido el postre, compuesto de unas frutas con licor, realmente delicioso. Esta noche no llovía afuera. Por el contrario, a través de las persianas de bambú, entraba la luz lunar, plateada e intensa, dibujando tiras sobre los rostros y los muros.

La pregunta flotó en mis labios:

—Irish, ¿qué piensas hacer ahora?

—No lo sé… —suspiró. Bajó sus ojos azules, pensativa. La luna de plata y el cabello de oro formaban un curioso juego de luz y color—. Creo que volveré a Londres.

—Irish, te acompañaré —me ofrecí—. Y si me necesitas en la metrópoli, yo…

—Lo sé, Douglas —me contempló intensa, tiernamente—. Sé que puedo contar contigo en todo. Espero que no sea necesario, pero…

—Irish, ¿no me entiendes? —musité—. Tú ahora estás sola… Yo soy un hombre libre, sin compromisos… Te debo mucho. Virtualmente todo… Puedo ser algo más que un ayudante a sueldo. Podríamos…

—Douglas, tú… tú y yo… —ella me miró con fijeza. Su boca tembló—. Sería hermoso, pero aún es demasiado pronto para pensarlo, para…

—Lo sé —la contuve—. No digas nada. No te precipites. Espera, te lo ruego. Una vez en Londres… decidirás.

—Sí, Doug —me llamó por mi nombre en la forma más afectuosa. Puso su mano sobre la mía, y le apretó con fuerza—. Una vez en Londres decidiré… y creo que ambos sabemos lo que resolveré entonces…

La miré. Me miró. Y asentí. Sí. Yo también lo sabía…

* * *

Se hizo tarde allí. Irish estaba cansada, vencida por el sueño, los nervios relajados y la fatiga física y mental del horror vivido.

Pedimos quedarnos. Maya, siempre con tacto, nos dio habitaciones lejanas. Una en la primera planta. Otra, en la segunda. Ya no tenía miedo alguno. Maxwell Jason, el espíritu del Mal en Isla Matumba, el ser diabólico mencionado por Doc Bonnard, había desaparecido para siempre. Y todo Trinidad lo sabía. Ya nadie nos advertiría a ambos. Ni nos asustaría con cosa alguna…

Nos despedimos. Esa noche, un barco salía para Venezuela. Pero Irish había elegido. Dos días más tarde, un barco partía hacia Europa. En él saldríamos ambos.

Era el fin de la pesadilla. El fin del horror. Mi mente funcionaba de modo normal. Como si nada hubiera sucedido… Pero ella y yo lo sabíamos. Y el juez, y el comisario… Y algunas personas más, sin duda alguna.

Me acosté, pensando en todo eso.

El largo, horrible, desesperado grito de mujer, me hizo saltar del lecho con violento sobresalto.

—¡Irish! —rugí, desesperado.

Salí corriendo de la habitación, crucé el corredor, subí las escaleras, alcancé la planta alta, alcancé la puerta de Irish Jason… Probé abrirla, pero no era posible. Cargué violentamente contra la madera, que crujió, sin ceder.

Dentro, Irish chilló de nuevo, desesperadamente.

Esta vez sí destrocé las maderas, hechas astillas. Entré como un proyectil. Me paré en seco. El horror me asfixiaba, los ojos se me desorbitaron…

Una serpiente, una enorme, gigantesca serpiente viscosa y brillante, de enorme cabeza, estrujaba entre sus anillos de muerte a la desdichada Irish, cuya espina dorsal crujía ya en aquel repetido anillo vivo, demoledor.

—¡Irish! ¡No! —aullé, buscando en vano un arma.

Me precipité sobre el reptil, a sabiendas de que era inútil, y sería víctima de él, lo mismo que Irish, por cuya boca hermosa surgía ya la sangre, a borbotones, reventada por dentro en aquel dogal de muerte.

Un coletazo me echó atrás. Irish dejó caer la cabeza. De su boca, con borbotones de color escarlata, escaparon extrañas palabras incoherentes:

—Perdón, Doug… Era yo… Era yo, ¿entiendes…? Y éste… es mi castigo…

Vomitó sangre, y al abrir la serpiente sus aros, un cuerpo roto, inarticulado, el de una mujer que había sido hermosa y llena de vida, rodó a mis pies, de modo dantesco, en la penumbra del dormitorio.

Lo contemplé, alucinado. Luego, alcé los ojos. Miré al reptil, que al ser asido por mí, no luchó, sino que reculó, mirándome con sus raros ojos negros, centelleantes. Pero no me atacó. No lo hizo, aunque le obligaba yo a ello.

—Maldito reptil… —mascullé—. ¡Mataste a Irish…!

—Sí, doctor Dern. Mató al Mal… —sentenció una ronca voz, en alguna parte—. Maluba ha cobrado su desquite, al fin… y ahora descansará tranquila, ¿no lo comprende?

Miré al hombre que surgía de la sombra, como un fantasma. Doc Bonnard y su calavera. Los ojos oscuros e impenetrables del hombre de Haití, el hombre del vudú…

Me encogí sudoroso, alucinado, sin entender nada. El reptil, inofensivo, se limitó a emitir un sonido sibilante y rozarme, sin hacerme daño. Me miraba, me miraba… como Maluba me miró aquella terrible noche, en Isla Matumba…

—Sí, ya veo que entiende… ¿Ve las cicatrices en el cráneo del reptil? Es Maluba… Escapó de la isla. Ella sabía quién era el demonio… Fue la primera y la única en saberlo. Ella me transmitió sus pensamientos. Ella me lo dijo todo… No. Maxwell Jason era inocente de todo.

—¡Inocente! ¡Miente, Bonnard! ¡Yo le vi hipnotizar a su esposa! —aullé.

—Usted vio lo que ella quería que viese. Era él quien estaba hipnotizado y fingía hipnotizarla a ella… Usted vio también algo que nunca existió. ¡USTED NUNCA FUE UN CEREBRO FUERA DE SU CUERPO! Ella también le hipnotizó a USTED, y le hizo creer lo que no era… para fingir luego devolverle a la vida…

—¡Tampoco eso es cierto! —grité, exasperado. Aferré mi cabeza vendada—. ¡Vea mi cráneo, mis cicatrices, mis costuras…!

—Todo falso —rió Doc Bonnard—. Ella nunca hubiera podido reintegrar un cerebro humano a su vacío, sin dejar dañado seriamente al ser víctima de ello. Ella se limitó a hacerle cortes, a coserle… Vaya a Londres, hágase examinar. Será la prueba que necesita, doctor. Maluba quiso avisarle de que era ella la culpable. La había sorprendido actuando sobre animales y humanos… Irish Jason lo supo, y la hizo su víctima también.

—Pero… pero entonces… ¡ella me hubiese matado también a mí! —gemí, señalando el roto cuerpo de Irish, cuyas palabras finales ahora tenían sentido: «PERDÓN, DOUG… ERA YO, ¿ENTIENDES?… Y ÉSTE… ES MI CASTIGO…».

—No, doctor Dern. Porque usted… usted creo que fue su único y gran amor… y por usted mató a su esbirro a Maxwell, su marioneta. ¿Sabe, doctor? Ella… ella era la que no tuvo jamás una libra esterlina. Jason era el del dinero… Ahora, ella lo había heredado todo… Era un crimen perfecto, después de sus experiencias horripilantes en esa isla, en busca de fama y fortuna…

—Dios mío… —gemí, hundiendo el rostro entre las manos crispadas—. Dios mío…

Doc Bonnard tenía razón. Yo lo sabía. Ahora, sí. Y lo supe mejor cuando la serpiente que podía matarme, se limitó a rozarme de nuevo, como en una despedida.

Luego, oí un raro sonido sibilante, como un alarido de agonía en la boca de un reptil humano…

Alcé los ojos. Doc Bonnard había terminado el drama con sencillez. Con terrible sencillez.

Un machete había decapitado al reptil. Maluba estaba definitivamente en reposo eterno. El ofidio rodó a mis pies. Se quedó allí, inmóvil, con unos coletazos finales.

Sólo atiné a decir:

—Pobre Maluba. Adiós, amiga…

Y Doc Bonnard, tristemente, tiró su machete tinto en sangre.

—Lo siento, doctor —dijo—. Era lo único que podía darle la paz.

—Lo sé —afirmé—. Lo sé…

* * *

No salí para Londres en aquel barco.

Pero sí lo hice en el de la semana siguiente. Sólo que entonces, alguien estaba en el muelle de Puerto España, despidiéndome.

Era Maya Creole, la hermosa morena del hotel.

Solamente era una buena amistad. Pero le prometí volver pronto. Y llevarla conmigo a Londres, cuando todo estuviese un poco olvidado.

Sabía que cumpliría mi palabra. Y ella también lo sabía.

Aún no era más que eso: amistad. Pero ahora, mientras el buque me conducía a través del Atlántico, de regreso a la metrópoli, me preguntaba, si realmente, llegué a amar alguna vez a Irish Jason… o todo fue resultado de su fascinante poder hipnótico.

Y también de mi propia torpeza. Todo hay que decirlo.

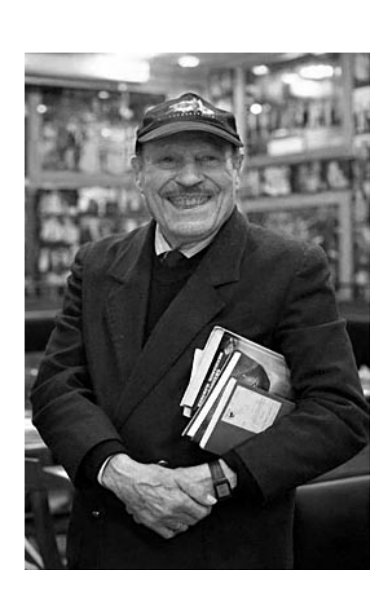
Maya se despedía en el muelle, agitando el brazo.

Yo respondí al saludo, desde la borda.

Luego, la distancia fue demasiado grande entre ambos.

Pero sabía yo que esa distancia no significaba nada, cuando dos personas se sienten mutuamente atraídas… y no existen por medio factores extraños, como el día que conocí y amé a una hermosa criatura rubia, llamada Irish Jason…

F I N



JUAN GALLARDO MUÑOZ. Nació en Barcelona el 28 de octubre de 1929, pasó su niñez en Zamora y posteriormente vivió durante bastantes años en Madrid, aunque en la actualidad reside en su ciudad natal. Los primeros pasos literarios de nuestro escritor fueron colaboraciones periodísticas —críticas y entrevistas cinematográficas—, en la década de los cuarenta, en el diario *Imperio*, de Zamora, y en las revistas barcelonesas *Junior Films* y *Cinema*, lo que le permitió mantener correspondencia con personajes de la talla de Walt Disney, Betty Grable y Judy Garland y entrevistar a actores como Jorge Negrete, Cantinflas, Tyrone Power, George Sanders, José Iturbi o María Félix.

Su primera novela policíaca fue *La muerte elige* y a partir de ahí publicó más de 2000 títulos abarcando todos los géneros, ciencia ficción, terror, policíaca, oeste…, es sin duda alguna unos de los más prolíficos y admirados autores de bolsilibros (llegó a escribir hasta siete novelas en una semana).

Los pseudónimos que utilizó fueron Curtis Garland, Donald Curtis, Addison Starr o Glen Forrester.

Además de escribir libros de bolsillo Juan Gallardo Muñoz abordó otros géneros, libros de divulgación, cuentos infantiles, obras de

teatro y fue guionista de cuatro películas: *No dispares contra mí*, *Nuestro agente en Casablanca*, *Sexy Cat* y *El pez de los ojos de oro*.

Su extensa obra literaria como escritor de bolsilibros la desarrolló principalmente en las editoriales Rollán, Toray, Ferma, Delta, Astri, Ediciones B y sobe todo Bruguera.

Tras la desaparición de los libros de bolsillo, Juan Gallardo Muñoz pasa a colaborar con la editorial Dastin. En esa etapa escribió biografías y adaptaciones de clásicos juveniles como *Alicia en el país de las maravillas*, *Robinson Crusoe*, *Miguel Strogoff* o el clásico de Cervantes *Don Quijote de la Mancha*, asimismo escribió un par de novelas de literatura «seria», *La conjura* y *La clave de los Evangelios*.

En 2008 la muerte de su esposa María Teresa le supone un durísimo mazazo pues ella había sido un sólido soporte tanto en su matrimonio como en su producción literaria. Es a ella a quién dedica su libro autobiográfico *Yo, Curtis Garland* publicado en la editorial Morsa en 2009. Un interesantísimo libro imprescindible para los seguidores de Juan Gallardo Muñoz.

Su último trabajo editado data de Julio de 2011 y es una novela policíaca titulada *Las oscuras nostalgias*. Continuó afortunadamente para todos los amantes de bolsilibros ofreciendo conferencias y charlas con relación a su extensa experiencia como escritor, hasta el mes de febrero del 2013 que fallece en un hospital de Barcelona a la edad de 84 años.